



LAS MUJERES EN LA REVOLUCIÓN RUSA

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2017

Hace ahora cien años, tuvo comienzo la Revolución Rusa de Octubre de 1917, tal vez el hecho histórico más importante del siglo XX.

Hemos querido contribuir modestamente a dicho aniversario con este libro, que pretende ser un homenaje a las mujeres que participaron en aquellos acontecimientos.

Los textos que conforman este dossier proceden de distintas páginas de Internet y de diferentes autores a los que corresponde el mérito y la propiedad de los mismos. Nuestro trabajo ha sido tan sólo de búsqueda, selección y maquetación de los materiales escritos y gráficos que componen la presente obra.

Maquetación: Demófilo.

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

30/10/2017



Índice:

I. Josefina L. Martínez:

Hace cien años la Revolución Rusa comenzaba con la huelga de las obreras de Petrogrado..... 3

II. Cecilia Toledo:

La Revolución Rusa y la Mujer.....13

III. Ángel Ferrero:

Lenin: “Sin ellas no habríamos ganado”.....22

IV. Miguel Salas: Febrero 1917:

Las mujeres inician la Revolución.....32

V. Tariq Alí:

Las mujeres de Octubre47

VI. Alina Safrónova:

Cinco mujeres clave de la Revolución Rusa63



- 1 -

HACE CIEN AÑOS, LA REVOLUCIÓN RUSA COMENZABA CON LA HUELGA DE LAS OBRERAS DE PETROGRADO.

*Las militantes bolcheviques tuvieron un papel
destacado en la preparación de la Revolución*

Por Josefina L. Martínez

Aleksandra Rodionova era conductora de tranvías y tenía 22 años en febrero de 1917. Muchas mujeres habían ingresado a esta profesión durante la guerra, con millones de hombres en el frente. En 1917, las mujeres constituían el 47% de la fuerza laboral en Petrogrado.

La ruta del tranvía de Rodionova atravesaba el barrio obrero de Vyborg, bordeando la gran fábrica metalúrgica de Putilov. Su jornada de trabajo duraba 12 o 14 horas por día, con un salario bajo y sin descansos. En 1916 había participado de su

primera huelga, cuando todos los trabajadores y trabajadoras pararon los trenes exigiendo mejores salarios y la destitución de un jefe, al que Rodionova recuerda como un “déspota”. En febrero de 1917, participó activamente de la huelga de las mujeres que desencadenó una huelga general y abrió paso a la Revolución Rusa. En los meses siguientes radicalizó su actividad política y para julio de ese año se sumaba a las filas de los bolcheviques.

Antes del comienzo de la guerra, las militantes bolcheviques publicaban el periódico *Rabotnitsa* (La mujer trabajadora), con Nadezhda Krupskaja e Inessa Armand entre las editoras. Después de 7 números, había sido suprimido en junio de 1914 por el gobierno, pero fue reeditado en 1917, en las vísperas de la revolución.

La Primera Guerra Mundial provocó una miseria extrema y una terrible crisis social. En el campo y en las ciudades crecía un odio profundo contra los dueños de la tierra, los patrones y el zarismo: ellos seguían disfrutando de sus riquezas mientras el pueblo pobre acumulaba sufrimientos.

Hacia fines de 1916, las mujeres de Petrogrado pasaban hasta 40 horas semanales haciendo filas para comprar comida, que faltaba, mientras los precios subían sin parar. En esas largas filas, muchas veces con temperaturas bajo cero, las mujeres intercambiaban opiniones y compartían sus sentimientos sobre la guerra. Las esposas de los soldados los querían de vuelta, las trabajadoras necesitaban pan para sus hijos, trabajar menos y cobrar más. En muchas ocasiones las protestas terminaban en disturbios contra los comerciantes especuladores. Las obreras participaban de esas protestas, al mismo tiempo que ensayaban huelgas en las fábricas.

La conductora de trenes Rodionova recuerda que en sus rondas por la ciudad durante el invierno de 1917 se sentía una crispación social a punto de estallar. Se formaban grupos de obreros en las esquinas, discutiendo acaloradamente qué hacer. Algunas fábricas estaban inactivas, por la falta de com-

bustible y materias primas. Según Rodionova, en las calles no solo se hablaba del pan y la guerra, sino también de la necesidad de justicia y libertad.

Ese clima de ebullición social es narrado por Trotsky en su *Historia de la Revolución Rusa*:

“Los barrios obreros, el cuartel, el frente, y en un grado considerable la aldea, se convirtieron en una especie de vasos comunicantes. Los obreros sabían lo que sentía y pensaba el soldado. Entre ellos se entablan conversaciones interminables acerca de la guerra, de los que negociaban con ella, acerca de los generales y del gobierno, acerca del zar y la zarina.”

Sembrando la revolución

En los años que siguieron a la Revolución Rusa, la historiografía liberal propagó el mito de que la revolución de febrero había sido un movimiento completamente espontáneo, un “motín” de mujeres sin claros objetivos políticos, creando el “mito de la espontaneidad”.

En *Historia de la Revolución Rusa*, León Trotsky cuestionaba esa idea:

“Los abogados y los periodistas, las clases perjudicadas por la revolución, han gastado grandes cantidades de tinta en demostrar que el movimiento de febrero, que se quiere hacer pasar por una revolución, no fue en rigor más que un motín de mujeres, transformado después en motín militar”.

Ante la pregunta sobre quién dirigió la insurrección de febrero, Trotsky respondía que fueron los obreros avanzados educados por el partido de Lenin. Los trabajadores y trabajadoras que habían participado en la revolución de 1905, en enfrenta-

mientos con la policía, en reuniones en la ilegalidad, en las oleadas de huelgas de 1912, con una experiencia militante que continuó durante el período de la guerra, cuando gran parte de los dirigentes bolcheviques estaban encarcelados o en el exilio.

Desmintiendo el relato de la pura “espontaneidad”, varias historiadoras destacan el esfuerzo de las militantes bolcheviques y del comité Inter-Distritos para la organización de las trabajadoras y las esposas de los soldados desde 1914, lo que permitió preparar la gran huelga de febrero. El Comité Interdistrital era una organización con cerca de 4.000 militantes obreros revolucionarios en Petrogrado, afín a Trotsky.

Es cierto que ningún partido había convocado oficialmente a una huelga general para ese día. La revolución de febrero se inició con una huelga de las obreras textiles, que por decisión propia abandonaron las fábricas y se dirigieron en grupos a otras empresas, llamando a los obreros a abandonar el trabajo. Las trabajadoras buscaron especialmente a los obreros del metal y fueron muy convincentes: tiraban palos, bolas de nieve y piedras a las ventanas de las fábricas. “¡Abajo la guerra!”, “¡Pan para los obreros!”. En estas manifestaciones tuvieron un papel destacado varias militantes bolcheviques.

“Al inicio de la revolución de febrero, dos mujeres bolcheviques, Nina Agadzhanova y Mariia Vydrina, organizaron asambleas de trabajadoras y esposas de soldados, huelgas en los lugares de trabajo y manifestaciones masivas, buscaron armas para el pueblo, al mismo tiempo que garantizaban la liberación de los prisioneros políticos y establecieron unidades de primeros auxilios.”

Nina Agadzhanova se había unido a los bolcheviques en 1907, integró grupos del partido en el barrio de Vyborg desde 1914 y trabajó como secretaria del periódico Rabotnitsa. Fue detenida y enviada al exilio en 1916, pero escapó y regresó a

Petrogrado donde consiguió ingresar a trabajar en una fábrica metalúrgica. Cuando Lenin regresa a Petrogrado en abril de 1917, Nina forma parte de la delegación obrera de Vyborg que lo espera en la estación de Finlandia. Fue una de las representantes del distrito al Soviet de Petrogrado y mantuvo una intensa actividad de organización y agitación entre febrero y octubre.

Durante las jornadas del 23 al 27 de febrero, las trabajadoras buscan sumar a los obreros y ganar a los soldados para la revolución. Se interponen entre los trabajadores y los cosacos, gritando que no disparen. Entre las mujeres que agitan en las barracas de los soldados se encuentra otra bolchevique, Zhenia Egorova, secretaria del partido en el distrito de Viborg.

El 5 de marzo de 1917, Mariia y Anna Ulianov, escriben en Pravda, periódico de los bolcheviques:

“El Día Internacional de las Mujeres, el 23 de febrero, fue declarada una huelga en la mayoría de las fábricas y plantas. Las mujeres estaban con un estado de ánimo muy militante -no solo las mujeres trabajadoras, sino las masas de mujeres que hacían largas filas por pan y kerosene. Organizaron actos políticos, salieron a las calles, se movilizaron hasta la Duma con la demanda de pan, pararon los tranvías. “¡Camaradas, afuera!”, gritaban con entusiasmo. Fueron a las fábricas y convocaron a los trabajadores para que se sumaran a la huelga. De conjunto, el Día Internacional de las Mujeres fue un suceso enorme que avivó el espíritu revolucionario”

¡El poder para los soviets!

Entre febrero y octubre, la participación de las mujeres en la revolución fue en aumento. El 18 de marzo, una reunión de obreras de cuatro grandes fábricas hizo un llamado para con-

tinuar la lucha. A principios de abril, 40.000 mujeres se movilizaron en Petrogrado, rehusándose a abandonar las calles hasta que se aprobara el derecho al voto. Finalmente, el 20 de julio de 1917, le arrancaron al gobierno provisional de Kerensky la promesa de permitir el voto para todas las mujeres mayores de 20 años en la futura Asamblea Constituyente.

Cuando Lenin regresó a Rusia desde el exilio, la mayoría de las militantes bolcheviques del distrito de Viborg apoyaron el giro político que éste proponía en las Tesis de Abril, para reorientar al partido en la lucha contra la guerra, contra el gobierno provisional y por el poder para los soviets.

En mayo, 40.000 lavanderas protagonizaron la primera gran huelga contra el gobierno provisional, reclamando aumento de salarios, 8 horas de trabajo y mejores condiciones laborales. La dirigente bolchevique Aleksandra Kollontai se dedicó a apoyar la huelga junto con otras militantes como Sofía Goncharskaia, quien en 1905 había sido una figura clave para crear el sindicato de lavanderas. Durante mayo de 1917, Goncharskaia recorrió todos los establecimientos de lavanderías, dispersos por la ciudad, para sumar más trabajadoras.

La bolchevique ucraniana Evgenia Bosch desarrolló un importante trabajo de agitación entre los soldados cuando regresó del exilio, después de la revolución de febrero. Como parte de estas tareas, en una ocasión dirigió un discurso a un regimiento conocido como la "división salvaje". Aquellos soldados tenían una "mala reputación", pero Bosch pensaba que podían ser receptivos a las ideas bolcheviques. Durante horas les habló contra el gobierno provisional y explicó la necesidad de reemplazarlo por el gobierno de los soviets, mientras los hombres la escuchaban en silencio. Después comenzaron a hacer preguntas y cuando finalmente Evgenia se retiraba, la compañía musical de la división salió apurada a buscar sus instrumentos para escoltarla hasta su coche entre hurras y música.

Cuando algunas dirigentes bolcheviques como Samoilova, Krupskaja y Stal llegaron a Petrogrado desde el exilio, no tuvieron que empezar de cero. Había un grupo de mujeres bolcheviques muy activas, entre las que se encontraba Vera Slutskaja, quien trabajaba como secretaria del partido en un barrio obrero. Ella había propuesto reeditar el *Rabotnitsa* y crear un comité especial para coordinar el trabajo entre las mujeres.

En la nueva edición del periódico dedicado a las obreras, Samoilova escribió:

"Si una mujer es capaz de subirse a un andamio y luchar en las barricadas, entonces es capaz de ser una igual en la familia obrera y en las organizaciones obreras".

El periódico contenía poesía, ficción, noticias sobre las condiciones de trabajo en las fábricas, artículos sobre la historia del movimiento revolucionario, editoriales y avisos de actividades. Las editoras denunciaban la opresión de las mujeres por las tradiciones patriarcales y por el capitalismo.

En julio de 1917 el gobierno provisional lanza una campaña reaccionaria de represión contra los bolcheviques, encarcelando a dirigentes como Trotsky y obligando a Lenin a pasar a la clandestinidad. Para evitar que el gobierno desarmase a los obreros bolcheviques, la conductora de coches Rodionova escondió más de 40 rifles en un depósito secreto.

En el mes de octubre, cuando los bolcheviques preparaban la insurrección, ella tuvo la responsabilidad de que los tranvías que cargaban armas saliesen desde el depósito. También fue la encargada de que el servicio se mantuviera operativo en la noche del 25 al 26 de octubre, para colaborar con la toma del poder. Ese día integró el destacamento sanitario de defensa de la ciudad.

La Revolución Rusa significó una conquista para las mujeres sin precedentes en la historia; consiguieron derechos que no

había en ningún país capitalista de la época, como el derecho al voto, al aborto libre y gratuito, al divorcio, la legitimidad de los hijos nacidos fuera del matrimonio, la despenalización de la prostitución y de la homosexualidad. Además, el gobierno de los soviets buscó “arrancar a las mujeres de la esclavitud doméstica”, mediante la socialización del trabajo del hogar, instalando guarderías y comedores públicos, planes de alfabetización en el campo, etc. Los primeros años de la revolución fueron un período de intenso debate y experimentación, en el camino de avanzar en la emancipación de los trabajadores y las mujeres.



Mujeres del ejército bolchevique

De la defensa de la revolución a la lucha contra la burocracia

Desde 1905 y durante la guerra, las militantes bolcheviques agitaron y sembraron la revolución entre las mujeres trabajadoras, los obreros y soldados, como parte del trabajo preparatorio del partido de Lenin. Después de la toma del poder, mu-

chas de ellas se alistaron en el Ejército Rojo para defender las conquistas de la Revolución. Según Kollontai, al final de la guerra civil había 66.000 mujeres en el ejército rojo, de las cuales unas 1.850 fueron asesinadas en combates.

Los años de la guerra dejaron costos humanos y materiales sin precedentes. La joven Unión Soviética, atacada por 14 ejércitos imperialistas, logró sobrevivir por la voluntad de millones de obreros, obreras y campesinos. A este período le siguieron los duros años de la NEP, con un importante aumento del desempleo y en el campo. En estas condiciones de ruina económica y aislamiento internacional de la URSS, después de la derrota de la revolución en Europa, emergió la burocracia estalinista como una nueva casta burocrática a la cabeza del Estado. Esa burocracia emprendió un proceso de contrarrevolución interno, liquidando físicamente a toda la oposición en el partido bolchevique y en los soviets.

Hacia mediados de la década de 1930, se había producido un retroceso sin igual en la situación de las mujeres en la URSS, con la prohibición del aborto, la penalización de la homosexualidad y la defensa estatal de una ideología que ubicaba a las mujeres como garantía de la “responsabilidad familiar”.

Pero a pesar de este enorme retroceso, el hilo rojo del bolchevismo siguió vivo. Muchas militantes bolcheviques como Evgenia Bosch, Nadezhda Joffe o Natalia Sedova lucharon en las filas de los opositoristas y combatieron junto a León Trotsky por recuperar el impulso de la Revolución, enfrentando la burocratización del Estado soviético. ●

Josefina L. Martínez:

Historiadora, coeditora de *La Rosa Roja*, biograf. de Rosa Luxemburg, coautora de *Cien años de historia obrera en Argentina*. izquierdadiario.es

Fuente:

[La izquierda Diario](#)

Bibliografía de consulta:

-Jane Mc Dermid and Anna Hillyar, *Midwives of the revolution*.

-The Davis Center for Russian and Eurasian Studies, *Women and Revolution: Women's Political Activism in Russia from 1905-1917*.

-Barbara Evans Clements, *Working Class and Peasant women in the russian revolution, 1917-1923*.

León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.





- II -

LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA MUJER

Cecilia Toledo

Motivo de conmemoración para nosotras, mujeres trabajadoras de todo el mundo, la Revolución Rusa está cumpliendo 90 años. Cuando Lenin dijo que el Estado Obrero ruso hizo más por la mujer en algunos meses que todos los países capitalistas en décadas, lo que quería decir es que el Estado Obrero no esperó un minuto para resolver los problemas más apremiantes de las mujeres en el plano legal, liquidando las leyes más retrogradadas y, en el plano concreto, expropiando los medios de producción para comenzar a construir una sociedad más justa y humana. Una sociedad que, una vez plenamente construida, acabaría con el reino de las necesidades para, con eso, acabar con el reino de las opresiones.

En estos 90 años de la Revolución Rusa, las mujeres necesitan conocer las grandes conquistas que las mujeres alcanzaron, necesitan reflexionar y comprender el proceso que ocurrió en Rusia en 1917 que, a pesar de haber sido traicionada por los burócratas comandados por Stalin a partir de finales de los años 20, la revolución socialista mostró que es posible poner fin a la situación de inferioridad en que vive la mujer en la sociedad capitalista.

La revolución socialista en Rusia, en 1917, significó una revolución también en la situación de la mujer en el mundo entero. Por primera vez, un país tomaba medidas concretas para alcanzar la igualdad entre hombres y mujeres. La mujer rusa tomó parte activa en todo el proceso revolucionario, a pesar (y quien lo sabe por eso mismo) de la enorme carga de opresión, secular y brutal, que pesaba sobre sus hombros, sobre todo entre las mujeres campesinas.

El proceso revolucionario empujó al frente a la mujer trabajadora rusa, que ya, en aquellos años, tenía un papel decisivo en la producción, concentrada en las grandes fábricas. La historia de la revolución está repleta de ejemplos sobre la abnegación, la garra y el coraje demostrados por las obreras rusas en aquellos días terribles y decisivos.

La revolución de febrero de 1917, preanuncio de la revolución decisiva de octubre, se inició en el *Día Internacional de la Mujer*, con manifestaciones masivas de mujeres en Petrogrado contra la miseria provocada por la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial. La guerra había empujado a la mujer rusa al mercado de trabajo. En 1917, la tercera parte de los obreros industriales de Petrogrado eran mujeres. En las áreas de producción textil de la región industrial del centro del país, el 50% o más de la fuerza de trabajo estaba compuesta por mujeres.

La militancia femenina era disputada palmo a palmo por las diversas tendencias políticas. Tanto los bolcheviques como los mencheviques tenían periódicos especiales para la mujer

trabajadora, como la *Rabotnitsa*, publicado por los bolcheviques y el *Golos Rabotnitsy*, por los mencheviques. Los social revolucionarios (SR), que luchaban por una democracia burguesa en Rusia, por su parte, propusieron la creación de una "unión de las organizaciones democráticas de mujeres", que reuniría a los sindicatos y a los partidos bajo la bandera de una república democrática. Fue por esos días que surgió la Liga por los Derechos Iguales para la Mujer, exigiendo el derecho al voto para las mujeres, acompañando la batalla que ellas desplegaban en todo el mundo por sus derechos civiles.

Con la revolución socialista en Rusia, felizmente, ellas conquistaron muchos más derechos democráticos. Por primera vez un país legisló que el salario femenino sería igual al masculino por el mismo trabajo. Tanto que, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, contrariamente a lo que ocurrió en los países capitalistas, en la URSS se conservó la mano de obra femenina y se buscaron los medios para que estas tuviesen mayor calificación. Había mujeres en todos los sectores de la producción: en las minas, en la construcción civil, en los puertos, en fin, en todas las ramas de la producción industrial e intelectual.

Sin embargo, después de la toma del poder por los soviets, la cuestión de la mujer enfrentó el duro embate con la realidad. De hecho, fue la primera vez en la historia que ella pasó del plano de la discusión al de la práctica. En un país atrasado en relación a las cuestiones morales y culturales como Rusia, con una enorme carga de preconceptos arraigados por siglos -lo que caracteriza, en general, a los países predominantemente campesinos-, la cuestión de la mujer asumía, en aquellos momentos difíciles para el joven Estado Obrero, contornos tan complejos como muchos otros aspectos relativos a la transformación hacia el socialismo.

Por eso, Lenin y Trotsky, juntamente con muchas dirigentes mujeres, además de dedicarse a "explicar pacientemente" a las masas, sobre todo a las mujeres, cuales eran las tareas genera-

les del movimiento obrero femenino de la República Soviética, no esperaron para tomar las primeras medidas en ese terreno y revertir la situación humillante a cual estaba sometida la mujer rusa desde hace siglos. Esa tarea tenía dos aspectos fundamentales: la abolición de las viejas leyes que colocaban a la mujer en situación de desigualdad en relación al hombre; y la liberación de la mujer de las tareas domésticas, que exigía una economía colectiva en la cual ella participase en igualdad de condiciones con el hombre.

Desde los primeros meses de su existencia, el Estado Obrero concretizó el cambio más radical en la legislación referente a la mujer. Todas las leyes que ponían a la mujer en una situación de desigualdad en relación al hombre fueron abolidas, entre ellas, las referentes al divorcio, a los hijos naturales y a la pensión alimenticia. Fueron abolidos también todos los privilegios ligados a la propiedad que se mantenían en provecho del hombre en el derecho familiar. De esa forma, la Rusia Soviética, apenas en los primeros meses de su existencia, hizo más por la emancipación de la mujer de lo que el más avanzado de los países capitalista en todos los tiempos.

Se introdujeron decretos estableciendo la protección legal para las mujeres y los niños que trabajaban, el seguro social, la igualdad de derechos en relación al matrimonio. Ya en 1917 fue decretado el derecho al divorcio. En 1918 entra en vigor un nuevo Código Civil, suprimiendo todos los derechos de los maridos sobre las mujeres; el marido no podía imponer a la mujer su nombre, ni su domicilio, ni su nacionalidad y garantizaba la absoluta paridad de derechos entre marido y mujer. Por medio de la acción política del Zhenotdel, departamento femenino del Partido Bolchevique, en 1920 las mujeres conquistaron el derecho al aborto legal y gratuito en los hospitales del Estado. No se incentivaba la práctica del aborto y quien cobraba para practicarlo era penado. La prostitución y su uso eran descritos como "un crimen contra los vínculos de camaradería y solidaridad", pero el Zhenotdel propuso que no

hubiese penas legales por ese crimen. Trató de atacar las causas de la prostitución, mejorando las condiciones de vida y trabajo de las mujeres y dio inicio a una amplia campaña contra los "resquicios de la moral burguesa".

La primera Constitución de la República Soviética, promulgada en julio de 1918, dio a la mujer el derecho de votar y ser elegida para cargos públicos. Sin embargo, igualdad ante la ley aun no era igualdad de hecho. Para la plena emancipación de la mujer, para su igualdad efectiva en relación al hombre, era necesaria una economía que librase del trabajo doméstico y en la cual ella participase de forma igualitaria al hombre. La esencia del programa bolchevique para la emancipación de la mujer era su liberación final del trabajo doméstico por medio de la socialización de esas tareas. Lenin, en julio de 1919, insistía en que el papel de la mujer dentro de la familia era la clave de su opresión:

"Independientemente de todas las leyes que emancipan a la mujer, ésta continua siendo una esclava, porque el trabajo doméstico oprime, estrangula, degrada y la reduce a la cocina y al cuidado de los hijos, y ella desperdicia su fuerza en trabajos improductivos, que agotan sus nervios y la idiotizan. Por eso, la emancipación de la mujer, el comunismo verdadero, comenzará solamente cuándo y dónde se inicie una lucha sin cuartel, dirigida por el proletariado, dueño del poder del Estado, contra esa naturaleza del trabajo doméstico, o mejor, cuando se inicie su transformación total, en una economía a gran escala" [1].

En las condiciones de Rusia, esa era la parte más difícil de la construcción del socialismo y la que requería más tiempo para ser concretada. El Estado Obrero comenzó por crear institu-

¹ Lenin, Vladimir Ilich. El poder soviético y la situación de la mujer. Moscú: Progreso, 1981.

ciones, como comedores y casas cunas modelos, para liberar a la mujer del trabajo doméstico. Y eran, justamente, las mujeres quienes más se empeñaban en su organización. Esas instituciones, instrumentos de liberación de la mujer de su condición de esclava doméstica, surgían en todas partes donde era posible, pero fueron pocas para lo que se necesitaba. Rusia estaba en guerra civil, siendo atacada por sus enemigos, y las mujeres tuvieron que asumir, con los hombres, las tareas de la guerra y de defensa del Estado Obrero. Sin embargo, muchas de esas instituciones fueron creadas y funcionaron a satisfacción, mostrando su acierto y la necesidad de su expansión y mantenimiento.

Los dirigentes soviéticos llamaban a las mujeres a tomar parte cada vez mayor en la gestión de las empresas públicas y en la administración del Estado, así como ser candidatas a delegadas a los soviets. En un discurso en homenaje al Día Internacional de la Mujer, en marzo de 1920, Lenin decía que

"el capitalismo unió una igualdad puramente formal a la desigualdad económica y, en consecuencia, social. Y una de las manifestaciones más extremas de esa inconsecuencia es la desigualdad de la mujer y del hombre. Ningún Estado burgués, por mas democrático, progresivo y republicano que sea, reconoce la total igualdad de los derechos del hombre y de la mujer. La Republica de los Soviets, por el contrario, destruyó de un solo golpe, sin excepción, todas las líneas jurídicas de la inferioridad de la mujer y, también, de un solo golpe aseguró a ella, por ley, la igualdad más completa".

Lenin alertaba hacia el hecho de que siempre se acostumbra decir que el nivel cultural y de vida de un pueblo se define mejor por la situación jurídica de la mujer. Desde ese punto de vista, solo el Estado Socialista puede conseguir y consigue el grado más alto de la cultura. Sin embargo, eso no es sufi-

ciente. El movimiento obrero femenino ruso no se contentó con una igualdad puramente formal y asumió la tarea -ardua y larga, porque exige una transformación radical de la técnica social y de las costumbres- de luchar por la igualdad económica y social de la mujer, haciendo que ella participase del trabajo productivo social, liberándola de la esclavitud doméstica, que es improductiva y embrutecedora.

Para ello, Lenin no perdía la oportunidad de dirigirse a las mujeres, en los actos públicos. Él insistía en el papel fundamental de la mujer en las tareas de la revolución y llamaba a todas las mujeres pobres y trabajadoras a participar de la construcción concreta del socialismo, ayudando a crear los restaurantes colectivos, las lavanderías públicas, las casas cunas y otros servicios que significarían la socialización de las tareas domésticas.

Hoy en día, muchos de esos discursos de Lenin son criticados por militantes feministas, que ven en ellos un llamado de Lenin a que las mujeres continúen encargándose de las tareas "femeninas" como: cocinar, lavar y limpiar. En realidad, la preocupación de Lenin era movilizar a las masas de mujeres para la revolución. Por eso se dirigía a ellas de esa forma, con sus palabras y llamándolas a cumplir las tareas que ellas mejor sabían hacer. De esa forma, ellas se sentirían más dispuestas a integrar el movimiento revolucionario, y una vez dentro de él, podrían ir asumiendo otras tareas. El objetivo de Lenin no era movilizar solamente a la vanguardia, sino también a las mujeres más atrasadas. Él se dirigía a las mujeres de su tiempo, moldeadas por siglos de opresión, para llamarlas a luchar y a construir a la mujer del futuro. De esa forma, millones de mujeres rusas dejarían el aislamiento del hogar y se integrarían en la construcción colectiva del socialismo.

La burocratización de la revolución primero, y la restauración del capitalismo después, hicieron retroceder todo ese proceso y las mujeres perdieron sus mayores conquistas. Pero este es tema de un nuevo artículo.

Las resoluciones de la III Internacional

Las concepciones marxistas sobre la emancipación de la mujer y su papel en la lucha por el socialismo fueron transformadas en tesis y resoluciones durante el III Congreso de la Internacional Comunista, reunido en 1921 antes, por lo tanto, del periodo salinista. Ese evento, de importancia histórica para el movimiento socialista mundial, trazo un programa y una orientación para el trabajo entre las mujeres que, por su claridad y concordancia con los principios del marxismo, hasta hoy no fueron superados por ninguna otra organización obrera. Por eso, continúan siendo válidos hasta hoy.

En primer lugar, la Internacional Comunista deja bien definida su posición de que la liberación de la mujer de la injusticia secular, de la esclavitud y de la falta de igualdad de la cual es víctima en el capitalismo, solo será posible con la victoria del comunismo.

"Lo que el comunismo dará a la mujer, en ningún caso el movimiento femenino burgués podrá dar. En tanto exista la dominación del capital y de la propiedad privada, la liberación de la mujer no será posible".

"La igualdad no formal, pero si real, de la mujer, solo es posible en un régimen donde la mujer de la clase obrera sea dueña de sus instrumentos de producción y distribución, participando de su administración y teniendo la obligación del trabajo en las mismas condiciones que todos los miembros de la sociedad trabajadora; o sea, esa igualdad solo es realizable después de la destrucción del sistema capitalista y su sustitución por formas económicas comunistas".

Sobre la cuestión de la maternidad, la Internacional no deja dudas de que también sólo en el comunismo esa función natural de la mujer no entrará en conflicto con las obligaciones

sociales y no impedirá su trabajo productivo. Sin embargo, la IC aclara que el comunismo es el objetivo último de todo el proletariado. Por eso, la lucha de la mujer y del hombre debe ser dirigida de manera inseparable.

Lo más importante es que, esa que fue una de las organizaciones internacionales más activas de la causa de los trabajadores, confirma los principios fundamentales del marxismo, según los cuales no existen problemas específicamente femeninos y que la mujer obrera tiene que mantenerse junto a su clase, y no unirse a la mujer burguesa.

"Toda relación de la obrera con el feminismo burgués y las alianzas de clase debilitan las fuerzas del proletariado y retardan la revolución social, impidiendo, así, la realización del comunismo y la liberación de la mujer".

Por último, la Internacional refuerza el principio de que el comunismo solo será alcanzado con la unión de todos los explotados y no con la unión de las fuerzas femeninas de las dos clases opuestas. Y termina llamando a todas las mujeres trabajadoras a tener una participación activa y directa en las acciones de masas, tanto en el marco nacional como a escala internacional. ●

(Traducción: Laura Sánchez)

Cecilia Toledo (nombre de pluma de María Cecilia García)

Fue periodista, escritora, catedrática, dramaturga, y militante brasileña. En los 1980s, militó en el MAS argentino dirigido por Nahuel Moreno y en la *International Socialist League* de Inglaterra. Más recientemente fue miembro del Partido Socialista dos Trabalhadores Unificado (PSTU) del Brasil y formó parte de la Comisión de Mujeres de la Liga Internacional de los Trabajadores (Cuarta Internacional) (LIT-CI). También participó activamente en la revista *Marxismo Vivo*. Falleció el 23 de septiembre de 2015.



- III -

CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Lenin: "Sin ellas no habríamos ganado"

Ángel Ferrero

El papel de las mujeres, que ocupaban un alto porcentaje de la clase trabajadora, fue imprescindible para el triunfo de la Revolución rusa y la caída del zarismo. Los líderes bolcheviques se enorgullecían de ser pioneros en políticas de género.

En la revolución de marzo (febrero, según el calendario juliano), el hastío por la guerra y la carestía condujo a una re-

vuelta social marcada por manifestaciones, motines y tumultos que finalmente forzaron la abdicación del zar Nicolás II y el establecimiento de un gobierno provisional, cuyo poder, sin embargo, compartía de facto con el Consejo de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, más conocido como Soviet de Petrogrado. “En febrero de 1917, el 47% de la clase obrera de Petrogrado eran mujeres”



En un reciente artículo para *Sin Permiso*, el sindicalista Miguel Salas ha destacado el papel de las mujeres en estos hechos.* Entre las exposiciones que se celebrarán este año con motivo del centenario, el diario *Kommersant* listaba el pasado 13 de febrero la de “Las mujeres y la revolución”. Su comisaria, Aleksandra Smirnova, se ha propuesto mostrar el papel de las mujeres “más destacadas” en aquellos sucesos. “La historia de la revolución ha sido escrita sobre todo por hombres, pero en 1917 las mujeres recibieron la igualdad de derechos y el derecho a voto”, recordaba.

* Ver el capítulo III de la presente obra.

La revolución de febrero y las mujeres

La Revolución de febrero arrancó como un eco de la Comuna de París. Rusia se encontraba en un estado de caos. Como ha afirmado el historiador británico A.J.P. Taylor, “un sistema anticuado sucumbió bajo el esfuerzo bélico de librar una guerra moderna”. La necesidad de abastecer a un ejército mal pertrechado en el frente, el funcionamiento irregular de las vías ferroviarias y la corrupción y las estructuras ineficaces del viejo régimen dieron el peor resultado posible: *los alimentos no llegaban ni a los soldados ni a los civiles*. Como sucedió en París décadas atrás, a las protestas contra la carestía del pan y el sistema de racionamiento en marzo de 1917, al frente de las cuales se encontraban las mujeres de Petrogrado, se sumaron los reservistas y los soldados y marinos destacados en la ciudad.

El 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, las mujeres de Petrogrado salieron a las calles a demandar igualdad de derechos, el sufragio universal y el fin de la autocracia. “*En febrero de 1917, el 47% de la clase obrera de Petrogrado eran mujeres*. Muchos hombres estaban en el frente”, recuerda Miguel Salas. “Las obreras eran mayoría en la industria textil, del cuero y del caucho, y numerosas en oficios que antes habían tenido vedados: los tranvías, las imprentas o la industria metalúrgica, donde había unas 20.000. Las obreras eran tam-



Mujeres, acudid a las cooperativas
Cartel, I. Nivinskiy, 1918

bién madres: debían garantizar el pan de sus hijos. Y, antes de ir a la fábrica, hacían interminables colas (unas 40 horas semanales) para conseguir algo de comida, acampando durante la noche, en pleno invierno ruso”.

Unos 50.000 trabajadores respondieron a sus llamadas a manifestarse y declarar la huelga. Las protestas se sucedieron durante semanas, sin que la represión lograra aplacarlas. *Antes que disparar a los manifestantes, algunos de los soldados prefirieron fusilar a sus oficiales y unirse a los motines.* “A la exigencia de 'Pan' se le unen las consignas de 'Abajo el zar' y 'Abajo la guerra'. Grandes manifestaciones se dirigen hacia el centro de la ciudad”, explica Salas al indicar que “la policía ha levantado los puentes que separan los barrios obreros del centro, pero el río Neva todavía está helado y miles de huelguistas se atreven a cruzarlo”.

Según el testimonio de un obrero llamado Iliá Mitrofánovich Gordienko, al aparecer los temidos cosacos “las obreras tomaron la iniciativa, rodearon a los cosacos con una compacta cadena humana. Gritaban: “Nuestros esposos, padres y hermanos están en el frente”. “Y aquí soportamos el hambre, la carga de trabajo, los insultos, las humillaciones y los abusos. Ustedes también tienen madres, esposas, hermanas e hijos, ¡exigimos pan y el fin de la guerra!”.

"Las obreras tomaron la iniciativa, rodearon a los cosacos con una compacta cadena humana. Gritaban: “Nuestros esposos, padres y hermanos están en el frente"

Los oficiales, temiendo la influencia de la agitación sobre los cosacos, dieron una orden. Los cosacos se prepararon. Todos corrieron a cubrirse, agarrando piedras o piezas de metal, listos para lanzarlos. *Sin embargo, los cosacos cabalgaron, pasaron sin atacarnos; luego dieron media vuelta y regresaron.* Las masas los saludaron con gritos de “¡Viva!”, pese a que el corazón no podía creerlo y la mente dictaba precaución”.

El 12 de marzo, los manifestantes, sin una aparente dirección política, habían logrado incendiar varios edificios administra-

tivos y arrancar los símbolos del zarismo, controlar los depósitos de municiones y liberar a los prisioneros capturados. Ante la gravedad de la situación, el Consejo de Ministros, reunido en pleno, presentó su dimisión. Mientras diputados progresistas de la Duma organizaban un comité provisional, los partidos socialistas, siguiendo la tradición revolucionaria de 1905, creaban un consejo de diputados obreros y soldados. El poder, sea como fuere, ya no estaba en el trono, y el 15 de marzo, el zar Nicolás II, por consejo del jefe del ejército y dos diputados de la Duma, abdicó. En una frágil alianza con el Soviet de Petrogrado, el comité provisional creó un gobierno provisional cuyo fin era convocar una asamblea constituyente y decidir el futuro sistema de Rusia. Nunca llegó a cumplir su cometido.

Los bolcheviques y las mujeres

Según el testimonio de Clara Zetkin, los bolcheviques concedían mucha importancia a lo que entonces se denominaba “la cuestión de la mujer”, aunque en los años anteriores a la revolución se negaron a crear organizaciones específicas dentro de su partido por temor a alentar divisiones en la unidad de la clase trabajadora. Los hechos de 1917 corrigieron definitivamente ese error.

“En Petrogrado, aquí en Moscú, en otras ciudades y centros industriales las mujeres actuaron espléndidamente durante la revolución. Sin ellas no habríamos salido victoriosos. Apenas. Ésa es mi opinión. ¡Qué valientes fueron y qué valientes son!”, comentaba Lenin durante una conversación con Zetkin.

Trotsky señalaba por su parte:

"La mujer obrera representa un gran papel en el acercamiento entre los obreros y los soldados"

la mujer... *“más audazmente que el hombre, penetra en las filas de los soldados, coge con sus manos los fusiles, implora, casi ordena: 'Desviad las bayonetas y venid con nosotros!'.”*

Ante esto, seguía,

“los soldados se conmueven, se avergüenzan, se miran inquietos, vacilan; uno de ellos se decide: las bayonetas desaparecen, las filas se abren, estremece el aire un hurra entusiasta y agradecido; los soldados se ven rodeados de gente que discute, increpa e incita: la revolución ha dado otro paso hacia adelante.”

En su entrevista con Zetkin, Lenin destacaba la importancia de crear organizaciones propias dentro del movimiento obrero así como de facilitar la incorporación de la mujer al mundo del trabajo y la política.

“Es importante para las mujeres y el mundo: demuestra la capacidad de las mujeres, el enorme valor que su trabajo tiene en la sociedad”.

“Muy pocos hombres, incluso en el proletariado, se dan cuenta de cuántos esfuerzos y problemas podrían ahorrar a las mujeres, e incluso eliminar, si prestasen ayuda en el 'trabajo femenino' [doméstico]”.

Estas organizaciones, a juicio de Lenin, no habían de ser “un intento de apaciguar a las mujeres con reformas y desviarlas del camino de la lucha revolucionaria [...] Nuestras demandas son conclusiones prácticas que hemos deducido de las necesidades urgentes, de la vergonzosa humillación de las mujeres en la sociedad burguesa, indefensas y sin derechos.”

Lenin creía, eso sí, que la movilización había de incardinarse en la cuestión social y bajo el liderazgo de los comunistas, y en su intercambio con Zetkin criticaba las tendencias intelectuales de la época en este debate en Europa central y occidental.

“La extensión de las hipótesis freudianas parece 'educada', e incluso científica, pero es ignorante, torpe”, afirmaba el autor de ¿Qué hacer?

“La teoría freudiana es una moda moderna. Desconfío de las teorías sexuales de artículos, disertaciones, panfletos, etcétera [...] Por salvaje y revolucionario que su comportamiento pueda ser, en el fondo es bastante burgués. Es principalmente un hobby de intelectuales y de los sectores próximos a ellos. [...] Las grandes cuestiones sociales aparecen como adjuntas, una parte, de los problemas sexuales. Lo principal se convierte en subsidiario. No sólo se arriesga la claridad de la propia cuestión, sino que confunde los pensamientos, la conciencia de clase de las mujeres de clase trabajadora.”

El patriarcado también era considerado un problema por parte de los bolcheviques:

“Debemos erradicar la vieja idea del viejo 'dueño y señor' hasta su última raíz, por pequeña que sea, en el partido y entre las masas. Ésa es una nuestras tareas políti-



Mujeres, acudid a las cooperativas.
Cartel, INivinskiy (1918)

cas, así como la urgentemente necesaria tarea de formar una plantilla de camaradas, hombres y mujeres, entrenados en la teoría y en la práctica, para desarrollar la actividad del partido entre las mujeres trabajadoras”.

“Las leyes más avanzadas del mundo”

El programa bolchevique, en palabras de Lenin, consistía en abolir *“todo lo que tortura y oprime a la mujer trabajadora, al ama de casa, a la campesina, a la esposa del tendero, sí, y en muchos casos a la mujer de las clases propietarias”.*

El poder soviético, aseguraba el dirigente bolchevique en su entrevista a Zetkin, era pionero en políticas de género. *“Estamos llevando a las mujeres a la economía social, la legislación y el gobierno”*, afirmaba.

“Todas las instituciones educativas les están abiertas para que puedan incrementar sus capacidades profesionales y sociales. Estamos estableciendo cocinas comunales y comedores públicos, lavanderías y tiendas de reparaciones, guarderías, hogares para niños, instituciones educativas de todo tipo. En suma, estamos haciendo seriamente efectiva la demanda de nuestro programa de la transferencia de las funciones económicas y educativas del hogar a la sociedad”.

Lenin se enorgullecía de tener las leyes “para mujeres trabajadoras más avanzadas del mundo”. En octubre de 1918 la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) legalizó el divorcio y el aborto, despenalizó el adulterio y la homosexualidad con la abolición del código penal zarista y reconoció a las mujeres igualdad de derechos en la esfera política y laboral, así como en el matrimonio, y también el permiso de maternidad, la gratuidad del cuidado de los niños y

medidas para la protección en el trabajo para las mujeres embarazadas.

Según la legislación zarista, como recuerda Miguel Salas, “*la mujer debía 'obedecer a su marido como cabeza de familia, ser amante y respetuosa...'*”; no podía tener pasaporte o trabajar sin el consentimiento del marido; el divorcio estaba en manos de la Iglesia, o sea, prácticamente no existía; el marido se convertía incluso en dueño de cualquier herencia que recibiera la mujer; en las fábricas, las mujeres debían soportar jornadas agotadoras cobrando menos que los hombres y sin ninguna protección por la maternidad. En el campo, la situación aún era peor, la mujer campesina era casi una esclava, del trabajo y del hogar”.

En la región de Asia Central, de mayoría musulmana, se llevó a cabo una campaña llamada 'judzhum' (“ofensiva”, en árabe) para la escolarización y alfabetización de las mujeres y en contra del velo islámico, de la que se conservan algunas fotografías de quemas públicas. En 1921 las autoridades soviéticas de Turkmenistán, por ejemplo, elevaron la edad de matrimonio a 16 y 18 años para mujeres y hombres respectivamente, y prohibieron los matrimonios infantiles, los matrimonios forzados y la poligamia. La campaña encontró una fuerte oposición local: según cifras oficiales, unas 300 delegadas de Zhenotdel —el departamento de mujeres del Secretariado del Comité Central del partido— fueron asesinadas en la región de Asia Central sólo en el año 1929. “Es imposible tener éxito en la lucha entre grupos sociales y clases sin la cooperación de las mujeres”

Según Aleksandra Kolontái, los cambios experimentados en la Rusia soviética iban más allá de sus fronteras. “Ahora podemos encontrar a la nueva mujer en todas partes, en cualquier rincón del mundo”, escribía en un artículo titulado *¿Qué ha hecho la Revolución de Octubre por las mujeres en Occidente?*. “La nueva mujer es un fenómeno de masas, con la

excepción, quizá, de las mujeres en los países semicoloniales y coloniales, donde el desarrollo de las fuerzas productivas está impedido por el dominio depredador de los imperialistas”, escribía.

Sin embargo, añadía Kolontái, “incluso allí, dada la lucha por la autodeterminación nacional y contra el imperialismo, la nueva mujer está siendo moldeada en el proceso mismo de lucha”. Y apostillaba:

“Es imposible tener éxito en la lucha entre grupos sociales y clases sin la cooperación de las mujeres.”

“En todas partes, en todo país la actividad política de las mujeres ha mostrado un crecimiento sin precedentes en la última década”, -proseguía-. “Las mujeres están convirtiéndose en miembros del gobierno (Bang en Dinamarca, ministra de Educación; Margaret Bondfield, en el gabinete de Ramsay McDonald en el Reino Unido), están entrando en el cuerpo diplomático y convirtiéndose en la fuerza que inspira grandes movimientos revolucionarios (como, por ejemplo, Sun Tsin-lin, la esposa de Sun Yat-sen). Las mujeres están aprendiendo a dirigir departamentos, a estar al cargo de organizaciones económicas, a guiar la política”. “¿Hubiera sido esto posible sin la Gran Revolución de Octubre?”,

se preguntaba Kolontái. Retóricamente, claro. ●

Fuente: <http://lacallelibre.com/centenario-revolucion-rusa-lenin-sin-ellas-no-habriamos-ganado/>

Más información:

- [El centenario de 1917 en Rusia: la difícil tarea de celebrar y condenar a un mismo tiempo](#)
- [25 años de la desaparición de la Unión Soviética, y sus consecuencias](#)



- IV -

FEBRERO 1917

Las mujeres inician la revolución

Miguel Salas

*Al avanzar juntas, bajo la bella luz del día,
Mil oscuras cocinas, mil lúgubres fábricas
Se alumbran con el esplendor de un rayo de luz,
Porque la gente nos oye cantar: "Pan y Rosas,
Pan y Rosas"*

(James Oppenheimer.)

Poesía inspirada en la huelga de obreras textiles en 1912 en Lawrence, Massachusetts)

ENTRE las diversas complejidades de la revolución rusa, una consiste en llamar revolución de febrero a lo que en realidad empezó el 8 de marzo. Bajo el zarismo, Rusia mantenía el calendario juliano, que difería en 13 días del calendario occidental. Así que, mientras en España amanecía un 23 de febrero, en Rusia era 8 de marzo, el *Día Internacional de la Mujer*. Parece que ese día amaneció frío y soleado. Uno de los temas de conversación en el Petrogrado burgués era el estreno en el teatro Alexandrinskii de la obra teatral *Mascarada*, dirigida por Meyerhold (autor y director teatral que se unirá a la revolución y que ejercerá una gran influencia en el teatro del siglo XX). En los barrios obreros las preocupaciones eran muy diferentes. A mediados de enero comenzó a faltar el pan; en febrero, Petrogrado recibió apenas la mitad de lo percibido en diciembre, y en el resto de Rusia la situación no era mejor. Desde el inicio de la guerra el precio del carbón se había quintuplicado y los alimentos multiplicado por siete. El pan se había convertido en la comida principal y casi única. La policía política, la Ojrana, tiene los ojos bien abiertos y advierte: “Los niños se mueren de hambre en el sentido más literal de la palabra”.

Otro informante escribe: “Si hay una revolución, será una revuelta del hambre”. “Un abismo se abre entre las masas y el gobierno”, advertía otro agente.

Para el 8 de marzo no estaban previstas grandes acciones, más allá del reparto de octavillas y alguna asamblea. El primer Día de la Mujer en Rusia fue conmemorado el 3 de marzo de 1913. En 1914, cuando se instituyó el 8 de marzo, las organizadoras cayeron presas y no hubo convocatoria. Los años siguientes, en plena guerra imperialista, la conmemoración no tuvo una especial importancia. Nadie había previsto que ese día las mujeres obreras iniciaran la revolución.

En febrero de 1917, el 47 por ciento de la clase obrera de Petrogrado eran mujeres. Muchos hombres estaban en el frente. Las obreras eran mayoría en la industria textil, del cuero y del caucho, y numerosas en oficios que antes habían tenido vedados: los tranvías, las imprentas o la industria metalúrgica, donde había unas 20.000. Las obreras eran también madres: debían garantizar el pan de sus hijos. Y, antes de ir a la fábrica, hacían interminables colas (unas 40 horas semanales) para conseguir algo de comida, acampando durante la noche, en pleno invierno ruso. Los informes policiales recogen que allí aprendieron “a insultar a Dios y al zar, pero más al zar”; y alertan de que: “son material inflamable que sólo necesita una chispa para estallar”.

El hecho es que las mujeres de algunas empresas textiles del barrio de Viborg decidieron declararse en huelga. A las diez de la mañana se habían reunido unas veinte mil. Al llamamiento de las mujeres, los obreros de algunas fábricas se unieron a la manifestación. Un trabajador de la fábrica mecánica Nobel recuerda:

“Podíamos oír las voces de las mujeres en las calles desde las ventanas de nuestro departamento: ‘¡Abajo la carestía! ¡Abajo el hambre! ¡Pan para los trabajadores!’. Varios camaradas corrimos a las ventanas... Las puertas del molino número 1 Bolshaia Sampsonievskaja habían sido abiertas. Masas de mujeres trabajadoras llenaban las calles. Aquellas que nos habían visto comenzaron a mover sus brazos y gritaban ‘¡Vengan! ¡Dejen de trabajar!’. Arrojabán bolas de nieve a las ventanas. Decidimos unirnos a la manifestación”.

Se calcula que alrededor de 90.000 obreras y obreros participaron en la huelga.

En sus *Memorias*, el que era gobernador de la ciudad, Alexander P. Balk, escribe:

“Al retirarse, el general Goblachev me informó, una vez más, de que la manifestación del día era un completo misterio para él y que era posible que nada ocurriera al día siguiente”.

Se equivocaba.

Al día siguiente, 24 de febrero, el movimiento se amplía aún mucho más. Casi la mitad de las obreras y obreros están en huelga. A la exigencia de “Pan” se le unen las consignas de “Abajo el zar” y “Abajo la guerra”. Grandes manifestaciones se dirigen hacia el centro de la ciudad. La policía ha levantado los puentes que separan los barrios obreros del centro, pero el río Neva todavía está helado y miles de huelguistas se atreven a cruzarlo. Se suceden los enfrentamientos con la policía y aparecen también los temidos cosacos. El obrero Ilya Mitrofanovich Gordienko recuerda la jornada:

“Las obreras tomaron la iniciativa, rodearon a los cosacos con una compacta cadena humana. Gritaban: “Nuestros esposos, padres y hermanos están en el frente”. “Y aquí soportamos el hambre, la carga de trabajo, los insultos, las humillaciones y los abusos. Ustedes también tienen madres, esposas, hermanas e hijos, ¡exigimos pan y el fin de la guerra!”.

Los oficiales, temiendo la influencia de la agitación sobre los cosacos, dieron una orden. Los cosacos se prepararon. Todos corrieron a cubrirse, agarrando piedras o piezas de metal, listos para lanzarlos. Sin embargo, los cosacos cabalgaron, pasaron sin atacarnos; luego dieron media vuelta y regresaron. Las masas los saludaron con gritos de “¡Viva!”, pese a que el corazón no podía creerlo y la mente dictaba precaución”

El movimiento ya es imparable. La huelga es ya una huelga general, sobre todo después de que el día 25 la fábrica Putilov, en la que trabajan 30.000 personas, decide unirse. También se suman los estudiantes. Al final del día algunos barrios están en manos de los rebeldes. Las comisarías han sido asaltadas o abandonadas. “Un alzamiento revolucionario que dure varios días sólo se puede imponer y triunfar con tal de elevarse progresivamente de peldaño en peldaño, registrando todos los días nuevos éxitos. Una tregua en el desarrollo de los éxitos es peligrosa. Si el movimiento se detiene y patina, puede ser el fracaso”- escribe Trotsky en *La Historia de la Revolución Rusa*.



El 26 es domingo, y están cerradas las fábricas, el lugar natural donde reunirse. Surgen algunas dudas. ¿Es posible seguir adelante? ¿Cuál será la actitud del ejército? En el recuerdo está presente la experiencia de 1905. El zar Nicolás II ha dado

la orden de acabar con los disturbios “mañana mismo”. Durante el día, miles de personas siguen manifestándose por la ciudad. Se suceden los enfrentamientos, pero también el contacto entre los obreros y obreras y los cosacos y los soldados. Crece la confianza de la masa obrera, a pesar de las cargas e incluso ametrallamientos, las manifestaciones no se disuelven, vuelven a reunirse, vuelven a encontrarse con los soldados, y les dicen:

“No dispaes contra tus hermanos y hermanas”, y añaden: “Únete a nosotros”.

Las dudas comienzan a surgir. Los soldados ya no son los de 1905. Muchos han estado en el frente y han visto lo que supone la guerra. Saben del sufrimiento y hambre de la población, y también de sus madres y hermanos y hermanas. Las dudas empiezan a asaltar las conciencias. También las mujeres jugaron un papel decisivo. Escribe Trotsky:

“La mujer obrera representa un gran papel en el acercamiento entre los obreros y los soldados. Más audazmente que el hombre, penetra en las filas de los soldados, coge con sus manos los fusiles, implora, casi ordena: «Desviad las bayonetas y venid con nosotros». Los soldados se conmueven, se avergüenzan, se miran inquietos, vacilan; uno de ellos se decide: las bayonetas desaparecen, las filas se abren, estremece el aire un hurra entusiasta y agradecido; los soldados se ven rodeados de gente que discute, increpa e incita: la revolución ha dado otro paso hacia adelante.”

El momento decisivo ha llegado. Se organizan mítines a las puertas de los cuarteles. En algunos los oficiales logran disolver a la masa obrera, en otros no se atreven. Al caer la noche, se rebela el regimiento Pavlovsky. En las primeras horas de la mañana del 27, los oficiales del regimiento Volynski intentan movilizar sus tropas contra los trabajadores. Los soldados se

niegan a marchar. Frente a las amenazas de los oficiales, un sargento dispara contra un comandante; en el tiroteo mueren varios oficiales. Con esos disparos, los soldados del Volynski se unen a la revolución: sólo su victoria podrá salvarlos de la horca. Copiando la táctica de las obreras y obreros, se dirigen al resto de cuarteles para animarles a unirse a la lucha de todo el pueblo. Las condiciones estaban maduras, sólo encontraron oposición en algunos oficiales. La insurrección ha triunfado. Las obreras y obreros, toda la clase trabajadora, los soldados, en su mayoría campesinos con uniforme, han vencido. Es el fin de una monarquía, de supuesto origen divino, de más de 300 años de existencia que apenas logra encontrar fuerza social o armada que la defienda.

La emancipación de la mujer

En febrero de 1917 las mujeres iniciaron la revolución y, sin embargo, en la memoria ha quedado poco reconocimiento de sus hazañas. Ni siquiera entre los dirigentes de la revolución se recuerdan los nombres de Alexandra Kollontai o de Nadezna Krupskaja, mujeres que ocuparon un puesto dirigente durante el proceso revolucionario o en el gobierno soviético. Las obreras de Petrogrado simbolizaron con su acción también una ruptura con su opresión específica como mujeres, y la revolución reconoció de inmediato que las grandes transformaciones sociales y políticas serían incompletas sin lograr la plena emancipación de las mujeres.

Desde febrero a octubre de 1917, participaron en el movimiento revolucionario y se organizaron autónomamente en la defensa de sus propias reivindicaciones. Sirva como ejemplo que en los días previos a la insurrección de octubre se reunió una conferencia de mujeres representantes de 50.000 trabajadoras de toda Rusia. Para las mujeres la victoria de la revolución era también el primer paso para su emancipación. En esa época, las leyes zaristas declaraban que la mujer debía “obe-

decer a su marido como cabeza de familia, ser amante y respetuosa...”; no podía tener pasaporte o trabajar sin el consentimiento del marido; el divorcio estaba en manos de la Iglesia, o sea, prácticamente no existía; el marido se convertía incluso en dueño de cualquier herencia que recibiera la mujer; en las fábricas, las mujeres debían soportar jornadas agotadoras cobrando menos que los hombres y sin ninguna protección por la maternidad. En el campo, la situación aún era peor, la mujer campesina era casi una esclava, del trabajo y del hogar.

El gobierno surgido de la revolución de Octubre estableció leyes que permitían o hacían posible la igualdad política y social de la mujer. Se estableció el derecho al voto y a ser elegidas para cargos públicos; se legalizó el derecho al divorcio y la igualdad absoluta ante la ley entre marido y mujer, se acabó con la dominación legal del marido y las mujeres podían elegir sus propios apellidos; se legalizó el aborto; se abolieron las leyes en contra de la homosexualidad; se legisló a favor de la igualdad del salario entre hombres y mujeres; se aprobó la licencia por maternidad de 4 meses antes y después del alumbramiento, la gratuidad del cuidado de los niños y medidas para la protección en el trabajo para las mujeres embarazadas. Puede que hoy algunas de estas medidas no parezcan extraordinarias, pero en los inicios del siglo XX, y más en la atrasada Rusia, cambiaron radicalmente las bases sociales de la opresión de la mujer.

No obstante, una cosa son las leyes y otra la dura realidad. No es este el lugar para profundizar en los déficits, errores y retrocesos que la emancipación de la mujer sufrió en la Rusia soviética. Digamos sólo que se quebró la esperanza de que el desarrollo económico facilitaría la igualdad real, que no fue capaz de imponerse a la realidad de un país atrasado y aislado por el fracaso de la revolución en el resto de Europa; y que posteriormente se encontró con la reacción social que a partir de los años 30 representó el estalinismo, especialmente en el ámbito de los derechos de la mujer (prohibición del aborto,

enaltecimiento de la mujer como madre, limitaciones al divorcio, etc.). Estudiar y recuperar las experiencias de la emancipación de la mujer en el proceso revolucionario pueden ser útiles para el actual proceso de su liberación. Las tendencias de la sociedad, hacia adelante o hacia atrás, tienen siempre su línea más sensible en el reconocimiento de los derechos de la mujer, no sólo legales sino también en el establecimiento de las bases materiales para lograr la igualdad real.

Alexandra Kollontai, una de las revolucionarias rusas que más trabajó y luchó por la igualdad, se imaginó así el futuro:

“1. Igualdad, con la desaparición de la poderosa autosuficiencia masculina y de la sumisión servil de la mujer. 2. Reconocimiento mutuo y recíproco de los derechos y desaparición de los sentimientos de propiedad. 3. Sensibilidad fraterna, junto con un arte que permitirá la asimilación y comprensión de las transformaciones psíquicas que se reproducen en el alma del amado”.

La paradoja de febrero

Bastó el levantamiento de la población de Petrogrado para acabar con el zarismo. Moscú, la segunda ciudad de Rusia en ese momento, se unió cuando el triunfo ya estaba asegurado y así fue también en el resto del país. No hay ninguna duda del carácter de clase de la revolución. Un economista liberal de la época, Tugan Baranovski, lo explicó con precisión:

“No fueron las tropas, sino los obreros quienes iniciaron la insurrección; no los generales, sino los soldados quienes se personaron ante la Duma (parlamento ruso). Los soldados apoyaban a los obreros no porque obedecieran dócilmente las órdenes de sus oficiales, sino porque [...] sentían el lazo que les unía a los obreros como una clase

compuesta de trabajadores, como parte de ellos mismos. Los campesinos y los obreros: he ahí las dos clases sociales a cuyo cargo ha corrido la revolución rusa”.

Otra de las complejidades del movimiento revolucionario consiste en entender por qué si las fuerzas que lucharon tenían un contenido de clase tan determinado, el poder acabó, en primera instancia, en manos de la burguesía, que nada había hecho para acabar con el zarismo. A menudo, las revoluciones no son capaces de expresar una relación directa entre las clases sociales y el poder. En todo movimiento revolucionario las clases trabajadoras y los campesinos, los estudiantes o los soldados han sido la base movilizadora de los procesos revolucionarios, pero, en la mayoría de las ocasiones, al vencer, algún sector de la burguesía o la pequeña burguesía les ha arrebatado lo que habían conquistado en la calle.

En febrero de 1917, los burgueses temían más a las masas que al zarismo, con el que habían establecido estrechos lazos. En los primeros días de la revolución intentaron buscar un acuerdo con el zar, y cuando vieron que era imposible, intentaron mantener el zarismo eligiendo a su hijo o, como regente, a un hermano del zar. Era tanta su desesperación que a Miliukov, el dirigente del partido de la burguesía, no le importaba decir: “Uno de ellos es un niño enfermo y el otro un hombre completamente tonto”, pero que lo importante era salvar a Rusia, o sea, sus negocios.

En los mismos días, incluso en el mismo edificio (el palacio de la Duma) donde los burgueses suspiraban por la continuidad del zarismo, se formaba el soviét, el organismo que representaba legítima y directamente a las masas trabajadoras. Los soviets surgieron en la revolución de 1905, y desde entonces formaron parte del imaginario de la clase trabajadora. Su formación fue un hecho natural, impulsado y aceptado por todas las tendencias políticas del movimiento obrero como expresión de la huelga general y la insurrección. Al principio fue

una coordinación de dirigentes políticos y representantes reconocidos de la clase trabajadora, pero inmediatamente se procedió a la elección de representantes directos en las fábricas, barrios y cuarteles.

En la práctica, los soviets empezaron a ejercer el poder, eran los únicos organismos reconocidos por la población. Un diputado del bloque burgués recuerda:

“El soviet se apoderó de todas las oficinas de Correos y Telégrafos y de Radio, de todas las estaciones de ferrocarril, de todas las imprentas, de modo que, sin autorización, era imposible cursar un telegrama, salir de Petrogrado o escribir un manifiesto”.

Un representante del zarismo les dice a dirigentes de la izquierda: “El poder está en vuestras manos; nos podéis mandar detener a todos nosotros”. Y, sin embargo, el gobierno provisional que surge de la revolución de febrero está encabezado por los burgueses.

La paradoja consiste en que los socialistas moderados, los *mencheviques*, que en ese momento tienen la confianza de la mayoría trabajadora, consideraban que la revolución que derrocara al zarismo debía ser “una revolución burguesa”, limitarse al reconocimiento de las libertades y a algunas reformas. Esa visión escolástica de que el desarrollo de la sociedad está predeterminado y debe seguir unas etapas fijadas de antemano no encajaba con la evolución de la sociedad, y menos aún con el estallido de la guerra imperialista. Las masas trabajadoras habían realizado la revolución; no confiaban en los partidos burgueses y empezaban a construir sus organismos de gobierno (los soviets), y los socialistas moderados dejaban al margen la solución de los graves problemas de la guerra, la república, la tierra, la jornada de ocho horas, etc. para dar el poder a los burgueses. Paradojas de los procesos revolucionarios. Serán necesarios unos cuantos meses para que la expe-

riencia convenza a las masas trabajadoras de que deben tomar el destino en sus propias manos, adueñarse del poder para lograr la paz, repartir la tierra, ejercer todos los derechos democráticos e iniciar el camino hacia el socialismo.

Lenin, que todavía no había podido viajar a Rusia, escribió en sus *Cartas desde lejos*:

“La revolución fue obra del proletariado [...] exige pan, paz y libertad; exige una república y simpatiza con el socialismo [...] (los burgueses) quieren burlar la voluntad, o los anhelos de la inmensa mayoría de la población”
Ante los supuestos disturbios y anarquía, Lenin insistía: “Los obreros quieren una república, y una república es un gobierno más “de orden” que la monarquía [...] Son precisamente los capitalistas quienes introducen la anarquía y la guerra en la sociedad humana”.

Atraso en derechos

Las condiciones de las mujeres en la España de 1917 no eran mejores que las de Rusia bajo el zarismo. La mujer necesitaba la autorización del marido para cualquier iniciativa; firmar contratos, realizar compras, ni siquiera podía vender propiedades que fueran suyas por herencia de padres, etc. El Código Penal imponía duras sanciones para aquellas esposas que insultasen o desobedeciesen al marido. Las mujeres no tenían derecho al voto, ni existía el divorcio, ni mucho menos el derecho al aborto. La influencia de la Iglesia Católica en todos los ámbitos de la vida social y política impuso condiciones terribles a las mujeres. En esa época, el 70% de la población femenina es analfabeta, frente a un 55% de los hombres. En 1910, unas 729.628 mujeres reciben enseñanza, lo que supone el 23'6% de aquellas que se encontraban en edad de hacerlo. Hasta 1910, no se les reconoce el derecho a la educación su-

perior. La primera catedrática, la escritora Emilia Pardo Bazán, lo es en 1916. En 1919 sólo hay 300 universitarias en toda España

En el ámbito laboral la situación no era mejor. La neutralidad española facilitó durante los primeros años de la guerra un desarrollo industrial y comercial muy importante. De 1910 a 1918, el número de mineros pasó de 90.000 a 133.000; el de metalúrgicos de 61.000 a 200.000; en el textil de 125.000 a 213.000 y en los transportes de 155.000 a 212.000.²

Eso representó también una importante incorporación de la mujer, difícil de cuantificar porque en muchos casos se trató de empleo irregular. Las mujeres eran mayoría en el sector del textil, cuero, o alimentación, y su presencia era notable en sectores muy masculinizados. Por ejemplo, a principios de siglo, el 10% de la plantilla del carbón en Asturias eran mujeres; también el 7% en la minería de hierro de Vizcaya y en las minas de plomo de Córdoba, por lo que es fácil deducir que en 1917 su presencia debía de ser mayor. Se ocupaban del acarreo y del machaqueo del mineral en superficie y de otras ocupaciones complementarias. Su sueldo, sin embargo, solía ser un 50% inferior al del hombre; se consideraba que formaba parte del complemento salarial del hombre y poquísimas, si había alguna, ocupaban puestos de responsabilidad. Para minusvalorar el peso de la mujer en el mundo del trabajo, las campesinas, como las empleadas del hogar, muy numerosas en las ciudades, apenas existen en las estadísticas.

Durante el primer decenio del siglo se fundan las primeras asociaciones de mujeres, socialmente muy diferenciadas, las que tienen un origen socialista o anarquista y las que son iniciativa de mujeres de clase media. Todas defienden la mejora de las condiciones de vida y de reconocimiento social de las mujeres, aunque con perspectivas sociales y políticas diferentes. Debido al atraso económico y social español y al peso de

² (Juan A. Lacomba. La crisis española de 1917)

la Iglesia Católica existe un evidente retraso con respecto a otros países en la lucha por los derechos de las mujeres. Hasta mayo de 1921 no se celebra la primera manifestación a favor del sufragio femenino.

El año 1917, representó también un cambio de tendencia en la lucha y en la incorporación de las mujeres. En febrero, Alemania decide un bloqueo general de los puertos europeos que afecta enormemente a la economía española. Las importaciones y exportaciones marítimas quedan seriamente dañadas y afectan a casi todos los sectores productivos. Empieza el final de la “alegría” económica. La guerra había ensanchado aún más la desigualdad entre las clases. Para mantener el trabajo, para comer, para criar a los hijos, para poder vivir habrá que luchar, y muchas mujeres ya han ocupado su lugar en la fábrica y en la sociedad. Para la mayoría de ellas, la participación en la huelga general de agosto de 1917 será su prueba de fuego social, pero también de exigencia de sus propios derechos. Ese año, confluyen diferentes crisis: las protestas de la oficialidad del ejército (Juntas de Defensa); el conflicto que se agudiza con Catalunya (Asamblea de Parlamentarios opuesta al bipartidismo) y una huelga general revolucionaria convocada por UGT y CNT. A diferencia de lo que ese mismo año sucede en Rusia, en nuestro país cada una de esas crisis irá por separado y eso retrasará el hundimiento de la monarquía hasta 1931. Las obreras rusas iniciaron la revolución para acabar con el zarismo y conquistar sus derechos como mujeres, incluso los más mínimos. En España, también se tuvo que echar a la monarquía para que se reconocieran los derechos de las mujeres.

Años antes, Teresa Claramunt, una de las pioneras anarquistas organizadora de las mujeres trabajadoras lo expresó así:

“Ya lo ves, mujer proletaria, nuestros hijos no inspiran a nadie ningún sentimiento noble. Nosotras, las mujeres obreras, no pertenecemos al sexo débil, ya que esos sietemesinos consideran muy natural que re-

caiga sobre nosotras el trabajo pesado de las fábricas. No pertenecemos tampoco al sexo bello, porque nuestros cuerpos destrozados no les despiertan el sentimiento de justicia. [...] Nada de eso ven. Ya lo sabéis, obreras, en la sociedad actual existen dos castas, dos razas: la de nosotras y nuestros compañeros y las de esos zánganos con toda su corte. No tendremos pan, ni dicha, ni vida, ni seguridad para nuestros seres queridos y para nosotras, hasta que desaparezca del todo esa maldita raza de parásitos. ¡A trabajar pues, proletarias; nuestra dignidad y nuestro amor lo exige”.

Miguel Salas:

Sindicalista, Miembro del Consejo Editorial de *Sin Permiso*.

Fuente: sinpermiso

<http://www.sinpermiso.info/textos/febrero-1917-las-mujeres-inician-la-revolucion>



Alexandra Kollontai (1872-1952): veterana bolchevique

- V -

Las mujeres de Octubre *

Tariq Alí **

¿Quiénes fueron las mujeres que estuvieron detrás de los disturbios del pan que encendieron la mecha de la Revolución Rusa? En el Día Internacional de la Mujer Trabajadora de 1917, las obreras del textil abandonaron sus fábricas y tomaron las calles de Petrogrado para reivindicar pan y paz. Sus acciones desencadenaron disturbios alimentarios y una huelga de masas, llevando en última instancia a la caída del Zar Nicolás y a cambiar el curso de la Historia. En el centenario de la Revolución Rusa, presentamos un avance del libro de Tariq Alí, The Dilemmas of Lenin.

* Fuente: [sinpermiso 17/03/2017](https://sinpermiso.com/17/03/2017)

** Tariq Alí es miembro del Consejo Editorial de SinPermiso

Las mujeres jugaron un gran papel en ambas revoluciones de 1917, y en mucha mayor medida del que tuvieron en 1905. El levantamiento de Febrero fue, de hecho, desencadenado por una huelga de mujeres de la industria textil en su doble papel como obreras y, en muchos casos, viudas de los soldados del frente. Enviaron llamamientos a los obreros del metal para que se unieran a ellas y, para el final del día, más de 50.000 obreros estaban manifestándose en las calles de la capital. A ellos se unieron amas de casa marchando hacia la Duma exigiendo pan.

Era el Día Internacional de la Mujer Trabajadora (8 de marzo en el calendario gregoriano), que la activista bolchevique Konkordia Samoilova había dado a conocer a los rusos en 1913 y que había sido celebrado, observado y marcado desde ese año en adelante. Habitualmente era un acontecimiento público más bien pequeño en unas pocas ciudades. Celebrarlo con una huelga de masas liderada por obreras no tenía precedentes. Había implicada una ironía especial: los capitalistas de Rusia tenían asumido que ya que las mujeres eran el grupo más oprimido, dócil y socialmente atrasado (en el sentido de que a diferencia de las terroristas de las décadas previas, una gran mayoría eran analfabetas) de la sociedad rusa, eso les convertiría, según la lógica capitalista, en los miembros más obedientes y nada problemáticos de la fuerza de trabajo. Fue un error de cálculo. Mientras la Primera Guerra Mundial continuaba, continuaba la necesidad de más empleo. El porcentaje de mujeres en las fábricas se duplicó y triplicó. La industria armamentística de Putilov estaba también produciendo a los obreros más militantes y organizadores bolcheviques, mujeres y hombres.

En Moscú, también, las obreras se estaban radicalizando. Una de ellas, Anna Litveiko, de dieciocho años en 1917, describiría más tarde la cuestión de la mujer en el proceso en unas breves memorias. Ella y dos amigas aproximadamente de su

edad estaban trabajando en la fábrica Elektrolampa del cinturón industrial de Moscú. Ella recordaba a su padre regresando a casa en 1905 de la última barricada que quedaba en la ciudad, “todo golpeado, con su ropa rota y sus bolsillos llenos de cartuchos”. Esta vez era diferente. Muchos soldados y cosacos estaban de su lado. En Octubre, había que elegir. ¿De qué lado estaban? ¿Mencheviques o bolcheviques? Anna admiraba a las dos organizadoras bolcheviques que trabajaban con ella. En su fábrica, los mencheviques enviaban intelectuales para dirigirse a ellas desde afuera, “pero entonces me dijeron que habitualmente era al revés: los mencheviques eran los obreros y los bolcheviques los intelectuales. ¿Cómo podría averiguarlo?” Un día esperó a uno de los bolcheviques y le preguntó: “¿Cuál es la diferencia entre los bolcheviques y los mencheviques?” Él contestó:

"Ya ves, el Zar ha sido echado, pero los burzhuis [burgueses] se han quedado y se apropian de todo el poder. Los bolcheviques son los que quieren luchar contra los burzhuis hasta el final. Los mencheviques no son ni una cosa ni la otra".

Anna decidió que “si era hasta el final, entonces voy a unirme a los bolcheviques.” Sus dos amigas pronto siguieron su ejemplo.

Ninguno de los participantes o dirigentes de los partidos políticos clandestinos enclavados en la capital tenía ni idea de que era el primer día de una revolución, excepto las oficinistas a las que escuchó Sujanov poco después de llegar a trabajar aquella mañana. Las mujeres salieron al siguiente día y esta vez, también los hombres. Y los partidos de la izquierda fueron ahora despertados por completo, escribiendo, imprimiendo y distribuyendo panfletos, muchos de los cuales eran de un tono similar excepto aquellos de los bolcheviques, que también reivindicaban paz y un final inmediato para la guerra

imperialista. Para aquél fin de semana la suave brisa se había convertido en una tormenta. Sujanov, ahora fuera en las calles tomando notas y saboreando la situación, escuchó a dos espectadores poco simpáticos. “¿Qué es lo que quieren?”, dijo un hombre de aspecto sombrío. De vuelta vino la respuesta de su semejante: “Quieren pan, paz con los alemanes e igualdad para los *yids*[³]”. “Han dado en el blanco”, pensaría el futuro historiador, expresando su deleite ante esta “brillante formulación del programa de la gran revolución”.

Solo había dos mujeres miembros del Comité Central bolchevique en 1917: Alexandra Kollontai y Elena Stasova. Varvara Yakovleva se unió un año más tarde y fue ministra de Educación en 1922, convirtiéndose posteriormente en ministra de Hacienda. Los mencheviques no estaban mucho mejor. El contraste numérico con la organización terrorista *Voluntad del Pueblo* no podría haber sido más llamativo, pero incluso su sucesor, el Partido Social-Revolucionario (SR), mostraba cuánto había cambiado en el nuevo siglo. La proporción de mujeres en sus órganos directivos, también, había registrado un declive muy agudo, aunque marginalmente menor en su brazo terrorista secreto, la *Organización de Combate*.

Las razones para esta situación eran variadas. Las obreras estaban siendo reclutadas en grandes números en los complejos industriales. Una comparación política es igualmente reveladora. Aquellos hombres y mujeres de los viejos grupos que querían mantener sus lealtades en diferentes épocas podrían haber ingresado en los SR. La mayoría de ellos ahora aparecían en público sin la máscara del terrorismo.

Alexandra Kollontai no fue la única mujer que jugó un importante papel en la primera Unión Soviética, pero fue sin duda una de las más dotadas, y poseía una mente y un espíritu fieramente independientes. Es en su obra en la que podemos ver la síntesis del feminismo revolucionario (socialista, no radi-

³ Término peyorativo empleado para referirse a los judíos [N. del T].

cal). Entendió mejor que la mayoría las necesidades sociales, políticas y sexuales de la liberación de las mujeres. Pudo ser dura a veces en sus apreciaciones sobre las mujeres con diferentes orígenes de clase, pero esas visiones no eran compartidas por muchos de sus camaradas, hombres o mujeres. Fue deliberadamente malinterpretada y retratada como una defensora del libertinaje permanente; en el campo, los pequeños terratenientes utilizaron su nombre para alertar a los campesinos pobres sobre que si iban adelante con el plan de colectivización agrícola tendrían que compartir a las mujeres más jóvenes de sus familias con todos los demás hombres, mientras las mujeres más mayores serían reducidas a jabón.

Kollontai era muy consciente de la naturaleza absurda de la mayoría de la propaganda y se irritó especialmente cuando le acusaron de priorizar el sexo sobre el amor. En su breve ensayo autobiográfico *Autobiografía de una mujer comunista sexualmente emancipada*, explica que el amor siempre había supuesto una amplia parte de su vida, pero que era una experiencia pasajera. Más importante era la necesidad de “entender que el amor no era el principal objetivo de nuestra vida y que sabemos cómo situar el trabajo como su centro”.

Podría haber añadido, “...como hacen los hombres”. Ella quería que el amor fuese armoniosamente combinado con el trabajo, pero “una y otra vez, las cosas resultan diferentes, desde que los hombres siempre intentan imponer su ego sobre nosotras y adaptarnos plenamente a sus propósitos.” La elección era aceptar esta posición para el resto de la vida o, al contrario, terminar con ella. Explicaba que desde que “el amor se había convertido en un grillete”, la única salida era a través de “una inevitable rebelión interior... nos sentíamos esclavizadas e intentábamos relajar el vínculo amoroso.” No pretendía que no hubiera contradicciones en el camino “hacia la libertad”, sino al contrario: “Estábamos de nuevo solas, infelices, solitarias, pero libres –libres para perseguir nuestro amado y querido trabajo ideal–.” Fue una de las primeras declaraciones fun-

damentales de los valores feministas modernos, y uno de los que el siglo veintiuno se ha retirado, a pesar de los aleluyas interminables honrando el “matrimonio gay”.

Lenin escribió en 1918 que “desde la experiencia de todos los movimientos de liberación, puede advertirse que el éxito de una revolución puede ser medido por la extensión de la implicación de las mujeres en él.” Prácticamente todos los revolucionarios rusos, independientemente de su facción o partido, habían estado siempre de acuerdo en esto. Como discutía en el Capítulo 12, desde los años 1860 en adelante, las mujeres rusas jugaron un papel ejemplar, mucho más avanzadas que sus hermanas en el resto de Europa y en todos los demás continentes.

Los debates sobre el papel de la familia nuclear en las ciudades y el campo, y sobre la función del matrimonio, estaban más avanzados y eran más auténticos en Rusia que en ninguna otra parte durante el final del siglo diecinueve y el comienzo del siglo veinte. Las revoluciones de 1917 aceleraron mucho más este proceso, ya que estos temas ahora ya no eran abstracciones. Era necesario tomar medidas concretas. Marx, Engels y Bebel habían insistido en que el capitalismo estaba negando los usos y necesidades tradicionales de la familia. En las sociedades campesinas, la familia actuaba como una unidad colectiva de producción. Todo el mundo trabajaba, aunque las mujeres mucho más duramente. Clara Zetkin, dirigente del SPD alemán, utilizando el trabajo de los tres mayores como punto de partida, analizó las diferencias entre una familia campesina y una proletaria. Ésta última, argumentaba, era una unidad de consumo, no de producción. Esto fue llevado más lejos por los teóricos soviéticos después de la revolución. Para Nikolái Bujarin, el desarrollo del capitalismo había sembrado todas las semillas necesarias para la desintegración de la familia: la unidad de producción trasladada a la fábrica, el trabajo asalariado tanto para las mujeres como para los hom-

bres y, por supuesto, la naturaleza peripatética de la vida y el trabajo en la ciudad.

Kollontai estaba de acuerdo en que la familia estaba al borde de la extinción. Lo que era crucial para el Gobierno bolchevique era hacer la transición a las nuevas formas lo menos dolorosamente como fuera posible, con el Estado proveyendo guarderías de alta calidad, escuelas, instalaciones alimentarias comunes y ayudando con el trabajo doméstico. Lenin apoyaba fuertemente este punto de vista. Sus censuras a la familia eran característicamente ásperas. Denunciaba

“la decadencia, putrefacción y obscenidad del matrimonio burgués con su difícil disolución, su permiso para el marido y servidumbre para la esposa, y sus desagradablemente falsas moralidad y relaciones sexuales.”

El enemigo era siempre el marido, que evitaba el trabajo doméstico y el cuidado conjunto de los niños. “El mezquino trabajo doméstico”, se enfurecía Lenin en 1919, “aplasta, estrangula, atrofia y degrada, encadena a ella a la cocina y la cuna, y desperdicia su trabajo en una bárbaramente improductiva, mezquina, enervante, degradante y aplastante tarea penosa.” Sus soluciones eran las mismas que aquellas de otros líderes revolucionarios de la época: cocinas, lavanderías, tiendas de reparaciones y guarderías colectivas, etcétera. Pero para Lenin, la abolición de la esclavitud doméstica *no* significaba la desaparición de las familias u hogares individuales.

Estas visiones se reflejaron en la arquitectura de los constructivistas. Los edificios de apartamentos de Moisei Ginzburg, tanto grandes como pequeños, expresaron la nueva época. Las lavanderías y comedores comunes fueron considerados un gran éxito. El parque de juego para los niños era visible desde la cocina de cada apartamento, y el tamaño del espacio podía ser modificado moviendo enormes paredes de madera sobre

ruedas. La visión de Ginzburg estaba, como explica en su obra maestra *Época y estilo*, ampliamente inspirada por sus cinco años en Crimea, donde tuvo tiempo, a pesar de la guerra civil, para visitar antiguas mezquitas y otros edificios de los que aprendió mucho más de lo que había aprendido nunca en la academia clásica de Milán. Describía la arquitectura espontánea, impulsiva, del pueblo tártaro como “discurriendo a lo largo de un curso natural, siguiendo sus curvas e irregularidades, añadiendo un motivo a otro con una espontaneidad pintoresca que oculta un orden creativo distinto.”

El edificio de *Pravda* en Leningrado, construido en 1924, sobre el que trabajó felizmente con otros dos arquitectos, estableció su reputación como uno de los mejores exponentes de la nueva cultura. Su trabajo fue pronto eclipsado por los ahorradores de tiempo de la época de Stalin, pero afortunadamente Ginzburg fue dejado solo. Murió cómodamente en la cama en 1946.

Los bolcheviques estaban extremadamente orgullosos de sus primeros decretos, la mayoría de los cuales estuvieron redactados por Lenin. Para celebrar el primer aniversario de la revolución en octubre de 1918, el Comité Ejecutivo Central de los Soviets aprobó unánimemente el nuevo *Código sobre el Matrimonio, la Familia y la Tutela*. Fue redactado por el jurista radical Alexander Goijbarg, de treinta y cuatro años en ese momento, quien explicaba que su propósito era impulsar la “extinción” de la familia tradicional. “El poder proletario”, escribió, en un momento en el que esperanzas como la suya eran bastante comunes, “construye sus códigos y todas sus leyes dialécticamente, para que cada día de su existencia socave la necesidad de que existan.” El objetivo era una ley para “hacer la ley superflua”. Goijbarg, un antiguo menchevique, basaba sus ideas en la filosofía política que subyace en *El Estado y la revolución* de Lenin. Un buen número de historiadores ha remarcado que durante el primer año de la revolu-

ción, parecía como si la Comuna de París estuviera repitiéndose.

La nueva ley sobre la familia no tenía precedentes en la Historia. Las leyes zaristas sobre la familia estaban enmarcadas por las necesidades de la Iglesia Ortodoxa y otras religiones cuando era necesario. Una comparación con las prescripciones contemporáneas wahabíes y de Arabia Saudí es instructiva:

"Las fábricas habían desaparecido hacía mucho tiempo pero un bloque de apartamentos de tamaño medio para familias de clase obrera aún estaba en el lugar. Todas las cocinas tenían ventanas desde las que los parques de juego de los niños eran permanentemente visibles. Los muros de madera sobre ruedas variaban la disposición según las necesidades. No pude evitar comparar este Jerusalén, con sus espacios verdes, con la mayoría de los brutales bloques de viviendas de la Gran Bretaña de posguerra. La falta de imaginación en Gran Bretaña era impactante. Épocas y estilos".

La brutalidad patriarcal era forzada por la Iglesia con el mismo vigor. Las mujeres necesitaban el permiso de los hombres para prácticamente todo, incluido un pasaporte. La obediencia total era forzada y las mujeres no tenían derechos excepto con respecto a la propiedad. Las leyes sobre la familia de Europa occidental originarias del feudalismo propiamente dicho habían instituido la propiedad "conjunta", lo que de forma efectiva significaba la propiedad y dominación masculinas. La Iglesia rusa permitía derechos de propiedad separados en tanto estuviesen concernidas las dotes, herencias, donaciones y tierras. Éste es el caso también en Arabia Saudí. A las mujeres se les deniegan derechos políticos e igualdad pero pueden tener propiedades; las mujeres de negocios funcionan perfectamente bien.

Unos meses después de Octubre de 1917, un decreto abolía todas las leyes zaristas sobre la familia y la criminalización de la sodomía. Las mujeres ya no eran legalmente inferiores, tenían iguales derechos que los hombres; el matrimonio religioso era nulo y solo los matrimonios civiles estaban reconocidos por la ley; el divorcio estaba garantizado cuando lo solicitase cualquiera de los dos, y no se consideraba necesario motivarlo. Así como la manutención: las mismas garantías para ambos miembros de la pareja. Las leyes de propiedad que se extendían siglos atrás fueron abolidas, terminando con los privilegios masculinos y suprimiendo el estigma de la ilegitimidad. A todos los hijos se les otorgaron iguales derechos, independientemente del matrimonio de sus padres.

Esto constituyó una reestructuración radical de las leyes europeas, al desvincular las obligaciones familiares de los contratos o certificados matrimoniales. Interesadamente, las adopciones privadas fueron inhabilitadas sobre la base de que el nuevo Estado sería un mejor padre que las familias individuales. Dada la preponderancia del campesinado, se temía que facilitase el uso de trabajo infantil en el campo. Los educadores más utópicos argumentaron que abolir la adopción privada era un paso transicional hacia que el Estado se hiciese cargo del cuidado infantil para todos.

Los críticos del nuevo código denunciaron las medidas como una capitulación hacia las normas burguesas. Goijbarg escribió, “Nos gritan: ‘Registro del matrimonio, matrimonio formal, ¿qué clase de socialismo es éste?’” Y N. A. Roslavets, una delegada ucraniana al Comité Ejecutivo Central de los Soviets de 1918 donde fue discutido el nuevo código, estaba lívida ante el hecho de que el Estado tuviese algo que hacer sobre el matrimonio en sí. Era una decisión individual y debía ser dejada tal cual. Denunció el código como “una supervivencia burguesa”: “la interferencia del Estado en la cuestión del matrimonio, incluso en la forma de registro que el Código sugiere, es completamente incomprensible, no solo en un sis-

tema socialista, sino en la transición”, y concluía irritadamente, “no puedo entender por qué este Código establece la monogamia obligatoria.” En respuesta, Goijbarg alegó que ella y otros debían entender que la principal razón para tener un código desacralizado era para proveer a la gente que desease registrar un matrimonio una alternativa a la Iglesia. Si el Estado no lo hacía, mucha gente, especialmente en el campo, tendría bodas eclesiásticas clandestinas. Ganó el argumento, pero tras un considerable debate.

Mientras tanto, en 1919, el Gobierno revolucionario lanzaba *Zhenotdel* (el Departamento para el Trabajo entre las Mujeres Obreras y Campesinas), cuyo propósito era la emancipación de las mujeres. Su dirección consistía en mujeres que habían estado activas en este campo durante los cruciales años pre-revolucionarios –Inessa Armand, Alexandra Kollontai, Sofía Smidovich, Konkordia Samoilovna y Klavdiya Nikolaeva– y entendían las necesidades especiales de las mujeres. Esta liberación de las mujeres no era un objetivo para la mayoría de las mujeres. Las socialdemócratas y tanto Vera Zasulich como Rosa Luxemburgo lo veían como una desviación en un momento en el que la humanidad en su conjunto afrontaba gigantescas tareas.

Las mujeres del *Zhenotdel* no se veían a sí mismas como utópicas. Simplemente pensaba que la emancipación de las mujeres debía ser una de las tareas que afrontase la revolución. Ninguna de ellas pensaba que podría conseguirse rápidamente o incluso durante sus vidas, pero había que comenzar *ahora* o la cuestión simplemente se marchitaría en un segundo plano. Y era necesario tomar acciones inmediatas en relación a la transferencia de las tareas domésticas y el cuidado infantil a las instituciones estatales. Pero esto para ellas no significaba gigantescos falansterios, como imaginaron Fourier, Chernichevski o Bujarin. Las mujeres querían administraciones que en cada ciudad proveyeran instituciones locales, como guarderías, comedores y lavanderías gratuitas.

Dirigiéndose a una conferencia de mujeres en septiembre de aquel año, Lenin argumentó que las reivindicaciones y el trabajo del *Zhenotdel* “no pueden mostrar ningún resultado rápido... y no producirán ningún efecto brillante.” Trotsky argumentaba lo mismo en algunos artículos periodísticos, citando muchos ejemplos de la vida de la clase obrera que sugerían que la precaución era necesaria, aunque también defendiendo la idea de que la propaganda abstracta no era suficiente para transformar las relaciones de género. Debía haber algunas acciones, algunos experimentos para mostrar las ventajas a todas las interesadas.

En realidad fueron, por desgracia, los viejos bolcheviques (hombres y mujeres) los que resultaron ser los utópicos. La abolición de la propiedad privada no era suficiente. La victoria del conservadurismo en la Unión Soviética tras 1930 llevó a un “Termidor sexual” y a la reiteración de los “tradicionales” roles femeninos incluso sin cambiar las leyes, excepto para recriminalizar la homosexualidad en 1934. En contraste polar, las ideas eficazmente desarrolladas por el *Zhenotdel* fueron aplicadas tras el final de la guerra civil por los arquitectos que diseñaron los nuevos bloques de viviendas para obreros, como explicábamos arriba.

A nivel nacional, las miembros del *Zhenotdel* fueron extremadamente activas en asegurar que las mujeres no fueran pasadas por alto cuando eran elegidas para los comités militares revolucionarios, los aparatos locales del partido y los sindicatos y el departamento político del Ejército Rojo. De nuevo, la implicación de la mujer rusa en las guerras partisanas y en el terrorismo clandestino servía como ejemplo. Las mujeres campesinas de 1812 habían despachado habitualmente a los soldados franceses que quedaban cortados del Ejército de Napoleón usando guadañas u horcas, o simplemente quemándolos vivos.

Durante la guerra civil muchas mujeres sirvieron como comisarías políticas y enfermeras en los hospitales de campaña. La

vida partisana era dura, pero a las mujeres les gustaba la igualdad de la que disfrutaban respecto a los hombres, una tradición que sería destacada una vez más durante la Segunda Guerra Mundial. Richard Stites describe cómo “las enfermeras capturadas eran habitualmente tratadas con especial brutalidad por los blancos. Cerca de Petrogrado en 1919, tres enfermeras fueron ahorcadas con vendas de su hospital de campaña con sus insignias del *Komsomol* [Juventudes Comunistas] atravesadas en sus lenguas.” Y miles de mujeres sirvieron en el Ejército Rojo y “lucharon en cada frente y con cualquier arma, sirviendo como tiradoras, comandantes de trenes blindados, artilleras”. También se hicieron espías. Lenin estaba extremadamente impresionado por los informes de Odessa y Bakú sobre cómo las más educadas mujeres del Ejército Rojo se habían enfrentado eficazmente a los soldados franceses y británicos que combatían junto a los blancos y habían argumentado en los propios idiomas de los soldados contra el intervencionismo extranjero. Ordenó la creación de una escuela especial de espionaje y desorganización. Ésta fue situada en una gran casa de Moscú bajo el mando del legendario revolucionario georgiano Kamo, cuyas hazañas en la clandestinidad anti-zarista eran legión. Aquellos que pasaron a través de la escuela (muchos de los cuales fueron mujeres, incluida la talentosa Larissa Reisner) formaron el Primer Destacamento Partisano de Operaciones Especiales.

Fue en otros frentes emancipatorios en los que las feministas bolcheviques encontraron serias resistencias. Hubo grandes problemas cuando establecieron modestas sedes en el Cáucaso y Asia Central o, para esa materia, en Ucrania. Las mujeres locales estaban asustadas y tímidas. Los hombres amenazaron a las feministas con la violencia, incluso si a sus esposas se les enseñaba simplemente a leer en una de las “cabinas de lectura” del *Zhenotdel*.

Tras un viaje al Cáucaso en 1920, Clara Zetkin informó a la sede central del *Zhenotdel* lo que las mujeres le habían dicho tras semanas empleadas en convencerlas para hablar:

"Éramos esclavas silenciadas. Teníamos que escondernos en nuestras habitaciones y rebajarnos ante nuestros maridos, que eran nuestros amos. Nuestros padres nos vendían a la edad de diez años, incluso más jóvenes. Nuestro marido nos pegaría con una vara y nos azotaría cuando le pareciese. Si quería congelarnos, nos congelábamos. A nuestras hijas, una alegría para nosotras y una ayuda en la casa, las vendía, justo como nosotras habíamos sido vendidas".

El trabajo hecho por las mujeres de segundo rango del *Zhenotdel* a lo largo del país indudablemente dio frutos. Estableció las bases para imponer un estricto sistema de igualdad de género en incluso las regiones más socialmente atrasadas de la joven Unión Soviética. Estas mujeres valientes y seguras de sí mismas se enfrentaron frontalmente a los hombres sin armas ni guardias. Tres cuadros del *Zhenotdel* fueron asesinadas "por bandidos". En el corazón de una ciudad musulmana, mostraron una película que retrataba a una heroína musulmana que rechaza casarse con un viejo que la había comprado. En Bakú, las mujeres que acudían al club del *Zhenotdel* fueron atacadas por hombres con perros (no había mucha diferencia entre ambos) y desfiguraron sus rostros con agua hirviendo. Una mujer musulmana de veinte años, orgullosa de haberse liberado, fue a bañarse en bañador. Fue rebanada en trozos por su padre y sus hermanos porque había "insultado su dignidad". Hubo 300 asesinatos similares ("delitos contrarrevolucionarios", en tanto el Estado estaba afectado) a lo largo de tres meses solo en 1929. Pero a pesar del terror patriarcal, las mujeres ganaron al final. Cientos de musulmanas y otras mujeres de esas regiones comenzaron a trabajar siendo volun-

tarias como traductoras y oficinistas en las sedes del *Zhenotdel*. Y hay informes extremadamente conmovedores sobre cómo en cada Primero de Mayo y Día Internacional de la Mujer Trabajadora, miles de mujeres se despojarían *voluntaria* e insolentemente de sus velos. Tampoco miraron hacia atrás. La auto emancipación fue el modelo sugerido por el *Zhenotdel*, no una imposición estatal. Y sucedió.

Un buen número de dirigentes bolcheviques se habían opuesto al *Zhenotdel*. Rikov, fuertemente vinculado con los predominantemente masculinos sindicatos, exigió que el *Zhenotdel* fuese disuelto porque causaba división. Zinoviev se opuso incluso convocando el Congreso de Mujeres de 1919. Otros querían usarlo como forma de apartar a las bolcheviques y dejar el “auténtico” partido a los hombres, lo que fue el caso de todos modos. Elena Stasova, la secretaria del partido en Octubre de 1917, fue relevada de su puesto cuando la capital se trasladó a Moscú. Estaba enfadada (incluso aunque su sucesor, Jacob Sverdlov, era el organizador más capacitado disponible) y rechazó ser derivada al *Zhenotdel*, convirtiéndose en una de las secretarías políticas de la oficina de Lenin. El mismo Lenin defendió vigorosamente al *Zhenotdel* contra todas las formas de reduccionismo. En el que fue probablemente su última entrevista sobre el asunto (su interlocutora era Clara Zetkin), respondió irritadamente cuando ella le informó de que muchos “buenos camaradas” eran hostiles a cualquier noción de que el partido crease órganos especiales para el “trabajo sistemático entre las mujeres”. Argumentaban que todo el mundo necesitaba emanciparse, no solo las mujeres, y que Lenin se había rendido al oportunismo en esta cuestión. Zetkin escribió:

“‘Esto ni es nuevo ni sirve en modo alguno como prueba’, dijo Lenin. ‘No se deje usted desorientar. ¿Por qué en ninguna parte, ni siquiera en la Rusia soviética, militan en el partido tantas mujeres como

hombres? ¿Por qué es el número de mujeres organizadas en los sindicatos tan pequeño? Los hechos nos obligan a reflexionar... Esto es por lo que es correcto que nosotros presentemos reivindicaciones favorables a las mujeres... Nuestras reivindicaciones son conclusiones prácticas que hemos extraído de las ardientes necesidades, la vergonzosa humillación de las mujeres en la sociedad burguesas, indefensas y sin derechos... Reconocemos estas necesidades y somos sensibles a la humillación de las mujeres, a los privilegios del hombre. Por lo que odiamos, sí, odiamos y aboliremos todo lo que tortura y oprime a la mujer trabajadora, ama de casa y campesina, a la esposa del pequeño comerciante, sí, y en muchos casos a las mujeres de las clases poseedoras.” ●

Traducción: Adrián Sánchez Castillo

Cinco mujeres clave de la Revolución Rusa *

Por Alina Safrónova

Las mujeres que participaron en la revolución rusa desempeñaron un papel clave en el triunfo del movimiento. RBTH recuerda algunas de las más destacadas.

Nadiezhda Krúpskaya

Fue una comprometida marxista y política. Es sobre todo conocida por ser la mujer de Lenin. Hija de una familia noble de un oficial de San Petersburgo, durante sus estudios en el Gimnasio Femenino se unió a diferentes clubes de discusión, en donde posteriormente conoció a Lenin. Impresionada por sus ideas decidió unirse a él en 1896, cuando estaba en el exilio en Siberia.



* Fuente: [Rusia Beyond](#)

Lenin y Krúpstkaya se casaron poco después de su llegada a Siberia y se mantuvieron como pareja, más que como un matrimonio al uso. Después de su puesta en libertad, la pareja se trasladó a Siberia. Nadiezhda participó allí en la publicación del diario revolucionario *Iskrá*, como editora.

En abril de 1917 volvieron a Rusia. Después de que los bolcheviques tomaran el control del país, comenzó a trabajar bajo Anatoli Lunacharski, primer comisario del pueblo para la educación, responsable de la lucha contra el analfabetismo entre adultos. Ejerció como viceministra de Educación durante más de diez años.

Krúpstkaya inspiró la fundación del Komsomol y del movimiento de pioneros. En sus memorias *Reminiscencias de Lenin* escribió sobre los detalles de la vida con el líder revolucionario.

Inessa Armand

Fue una feminista y comunista. Destacada figura del movimiento revolucionario y el verdadero amor de Lenin. Armand nació en París, en el seno de una familia artística. Creció en Moscú con su tía y su abuela. A los 19 años se casó con el hijo de un rico industrial textil. Armand y su marido compartían ideas revolucionarias y abrieron una escuela para niños campesinos en Moscú.



Después de que la arrestaran por sus actividades políticas en 1907, pasó un año en el exilio en el norte de Rusia. Consiguió escapar del exilio en 1908 y fue a París, donde conoció a Lenin. Era una mujer de gran carisma, con un gran talento musical,

que hablaba con fluidez varias lenguas y estaba realmente apasionada por el bolchevismo. Poco después se convirtió en la mano derecha de Lenin.

Fue Armand quien envió a Lenin para que organizase la campaña bolchevique en la Duma. Después de la revolución de octubre Armand fue directora de Zhenotdel, una organización que luchaba por la igualdad de las mujeres dentro de Partido Comunista y los sindicatos. También estuvo al frente de la Primera Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas. En 1920 Armand murió de cólera. Contaba tan solo con 46 años.

Natalia Sedova

Revolucionaria, conocida principalmente por ser la segunda mujer de Lev Trotski, el revolucionario que fundó el Ejército Rojo y murió asesinado en México.

Provenía de una familia de ricos comerciantes y fue educada en Rusia.

Conoció a Trotski cuando contaba poco más de 20 años en una exposición de arte en

París. Apoyaba al periódico *Iskrá* y Trotski era el representante del diario en Londres. Ambos participaron en la revolución de 1905.

Durante la Primera Guerra Mundial la familia de Trotski viajó por Europa, desde Viena a París, pasando por Zúrich. Sedova y Trotski volvieron a Rusia en mayo de 1917.



Tras la revolución de octubre trabajó en el Comisariado de Educación y estuvo encargada de los museos y los monumentos antiguos. En 1929, Trotski y su familia fueron expulsados de la URSS y acabaron exiliados en Ciudad de México.

Tras la muerte de su marido en 1940, Sedova se mudó a París donde estuvo en contacto con numerosos revolucionarios en el exilio. Su obra más conocida de esos años es una biografía de Trotski.

Alexandra Kollontái

Revolucionaria, mujer de estado y diplomática. Fue la primera mujer en asumir un puesto como ministra en la historia del país. Gracias a su actividad política las mujeres rusas adquirieron una serie de derechos.

Nacida en Ucrania, creció en San Petersburgo. Tras un matrimonio cuando era joven, se



separó y trabajó en numerosas instituciones educativas. Estudió historia en Zúrich y vivió en Finlandia varios años. En 1915 se unió a los bolcheviques y volvió a Rusia, donde rápidamente la designaron Comisaria para Bienestar Social.

Realizó importantes estudios sobre el estado de los derechos de las mujeres en Rusia y comenzó varias reformas que reclamaban la igualdad entre hombres y mujeres. Durante la época de Stalin Kollontái fue diplomática en Noruega, México y Suecia.

Larisa Reisner

Algunos contemporáneos la describieron como la 'Valkiria de la revolución rusa'. Se adecuó al prototipo de la imagen de una mujer revolucionaria en el mundo del arte.



Nació en Polonia, en el seno de una familia de un profesor de derecho. Tras recibir educación superior en San Petersburgo Reisner comenzó una carrera literaria. En aquella época publicó en el diario anti-bélico *Rudin*, y tras la revolución de febrero trabajó para el diario del escritor Maxim Gorki, *Nóvaya Zhizn*.

En 1917 participó en la preservación de monumentos artísticos dentro del Instituto Smolni, como secretaria del comisario Lunacharski. Tras unirse al partido bolchevique se convirtió en una político militar, algo muy poco habitual en la época. En 1919 estuvo en el Comisariado del Cuartel General de la Armada en Moscú.

En octubre de 1923 viajó a Alemania para ser testigo directo de la revolución y escribió una serie de artículos, que fueron publicados con los títulos: *Berlín, octubre de 1923* y *Hamburgo en las barricadas*. Durante su estancia en Alemania se convirtió en la pareja del revolucionario internacional Karl Radek. Tres años después, en 1926, Reisner moría en Moscú. Tenía tan solo 30 años. ●

Fuente: Este artículo es una versión abreviada del publicado en [Russia Direct](#).

Lea más:

[El atentado contra Lenin y el destino de una mujer](#)

[Alexandra Kollontai: la feminista soviética diplomática en México](#)
[urss mujeres rusas lenin revolución rusa trotski URSS Centenario de la Revolución rusa](#)

Con motivo del Centenario de la Revolución Rusa,
hemos editado este libro digital como
homenaje a las mujeres que
participaron en ella.
30/10/2017



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
ΩΑ